

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 467.

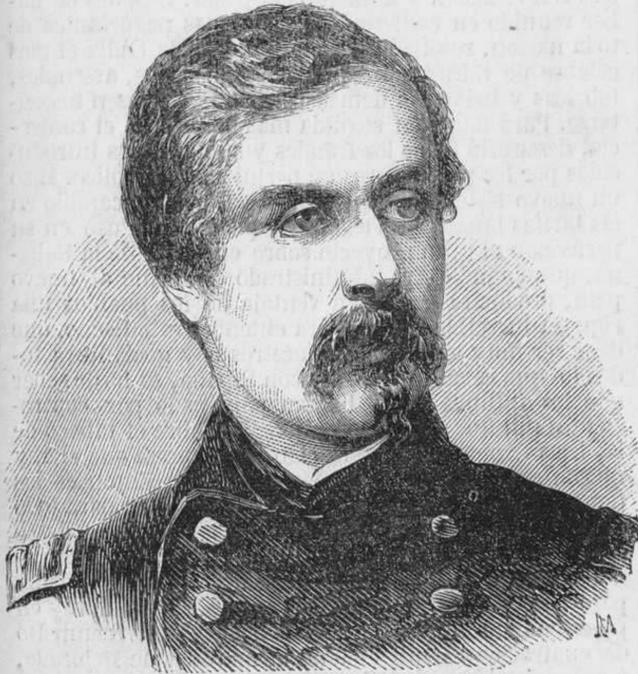
SUMARIO.

Mac-Clellan; grabado. — Incendio del *Harvey-Birch*; grabado. — El comodoro Dupont; grabado. — Noticias acerca del cardenal Alberoni. — Inauguración del ferro-carril de Bolonia á Ancona; grabados. — Teatro imperial Italiano; grabado. — La posesión imperial de Villeneuve-l'Étang; grabados. — Revista de Paris. — El pajarero. — Los espíritus. — Atenas; grabados. — El ángel de la muerte. — Las guerras; grabados. — El Matadero; grabados. — La polka. — Las flores de tu jardín. — Revista de la moda. — La fiesta de Navidad en la baja Bretaña; grabados.

Incendio del «Harvey-Birch.»

MAC-CLELLAN Y EL COMODORO DUPONT.

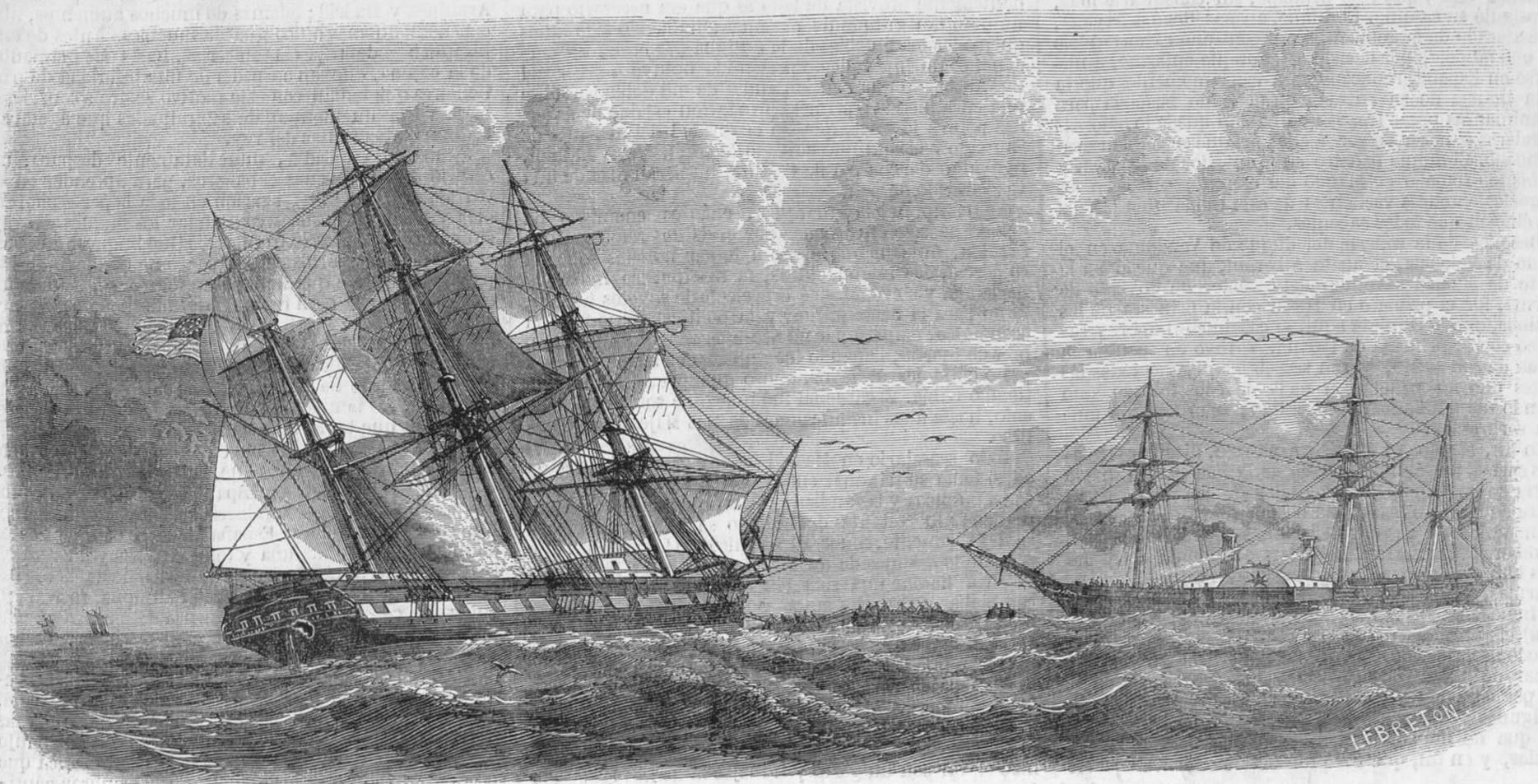
Damos en la primera página de este número un grabado que representa el incendio del *Harvey-Birch*, buque federal que salió del Havre con destino á Nueva York, y que fué detenido en el mar por el *Nashville*, que le evaba la bandera de los confederados. El capitán del *Nashville* ordenó á los hombres del *Har-*



MAC-CLELLAN, mayor general de las tropas federales.



EL COMODORO DUPONT, comandante de la expedición naval de los Estados de la Unión.



INCENDIO DEL HARVEY-BIRCH (Estados de la Unión), POR EL BUQUE CONFEDERADO EL NASHVILLE.

vey-Birch que salieran del vapor, les permitió que tomaran algunos efectos, y mandó quemar el buque federal, orden que fué ejecutada inmediatamente.

En la misma página verán nuestros lectores los retratos de Mac-Clellan y del comodoro federal Dupont.

El general Mac-Clellan mandaba hace algun tiempo en el Oeste de la Virginia, provincia fiel á la Union y sublevada por mitad. Encargado de pacificarla, ha cumplido esta mision con el mejor éxito.

Estos triunfos que la exageracion americana trasformó en grandes victorias, dieron al punto una inmensa popularidad á Mac-Clellan.

Despues de la batalla de Bull Run, el presidente confirió á Mac-Clellan el mando del ejército vencido y desmoralizado. Por consiguiente reune en la actualidad bajo sus órdenes todas las tropas del Potomac, desde Harper's Ferry hasta el mar. Tiene el título de general de division.

El general Mac-Clellan, alumno de la escuela de West-Point, es un hombre de treinta y cinco años.

El comodoro Dupont que manda la grandé expedicion naval dirigida por el Norte contra los Estados confederados, es un marino consumado. La toma de Beaufort, punto importante entre Savannah y Charleston, es para él un asunto serio. El comodoro Dupont está en el servicio desde 1815. E. T.

Noticias acerca del cardenal Alberoni

RELATIVAS Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Es bien conocido en la historia del reinado de Felipe V el nombre del célebre cardenal Julio Alberoni, que aunque italiano, fué por algun tiempo ministro de aquel monarca é hizo cosas muy memorables en su ministerio. En un manuscrito de la biblioteca del Arsenal en Paris hay una curiosa é interesante carta, escrita el 19 de julio de 1721 y dirigida á un marqués genovés por un prelado romano que era el mismo Alberoni, justificando los actos de su gobierno.

Hé aquí el contenido de este curioso é interesante documento histórico:

«Todas las cartas (venidas de España en gran número) convienen en que el primer paso dado por el cardenal, entonces abate Alberoni, á favor de la España, fué la negociacion en que se condujo con tanto arte como habilidad en la corte de Francia y cerca del duque de Alba, entonces embajador de España en Paris, para inclinar al duque de Vendoma á tomar el mando de los ejércitos de esta corona. Despues de muy grandes dificultades, cuyo detalle seria demasiado largo, habiendo la negociacion tenido un feliz éxito, el duque de Vendoma se puso en camino, seguido del abate Alberoni; pero con la noticia que tuvo al acercarse á Bayona, de la derrota de los españoles en Zaragoza y con el falso rumor de que el rey católico habia sido herido mortalmente en el combate, el duque quiso en el instante mismo retroceder para no ser en España inútil espectador de la confusion de los demás y de la suya propia.

Mas el abate Alberoni le representó entonces con tanta energía la vergüenza que resultaria al nombre de Su Alteza, haciéndole entender que una coyuntura tan espionosa era el digno objeto de los deseos de un príncipe de su valor, de quien todo el universo esperaba el restablecimiento de los negocios en España, ó á lo menos una muerte que correspondiese á esta digna esperanza, y no una fuga tan cobarde que haria que triunfasen los émulos de su gloria; en fin, el abate habló con tan animoso despejo (como el duque de Vendoma lo dijo muchas veces) que este príncipe, sin consultarle mas, prosiguió su camino. El duque, apenas llegó á Bayona, fué atacado de la gota. Alberoni continuó exhortándole y obligándole, por decirlo así, aunque enfermo, á meterse en España, replicándole á cada momento que la sola noticia de su entrada en el reino bastaria para reanimar las pocas tropas que habian quedado bajo sus banderas y hacer volver á ellas las que se habian desbandado. El duque penetró en lo interior de España, y habiendo tomado el mando del ejército, causó en los negocios entonces vacilantes de esta monarquía la feliz revolucion que todos sabemos.

Despues de la muerte del duque de Vendoma en el reino de Valencia, el abate Alberoni, que quedó en la corte de Madrid revestido del carácter de enviado de Parma, fué el primero en tratar con la princesa de los Ursinos, que lo confiesa aquí, el casamiento del rey católico con la princesa de Parma, y tuvo en seguida la dicha de concluirlo, y tan secretamente que todas las cortes que no penetraron nada de este tratado sino cuando fué enteramente concluido, manifestaron mucha sorpresa.

En fin, siendo ya ministro, pareció, dicen las mismas cartas, un hombre que no tenia mas pasion que la gloria de su príncipe, las ventajas de los pueblos y el lustre de la nacion. Dió una ojeada sobre el estado de la monarquía y encontró en ruinas las rentas del rey, el comercio, la marina, las Indias abandonadas treinta años habia á la rapacidad de los extranjeros, ni tropas, ni armas, ni artillería, ni dinero (que ya no venia de las Indias, mientras que salia abundantemente de España), el reino desprovisto de manufacturas y careciendo de todo; sobre esto, el tesoro real tan agotado que (sin hablar de los tiempos de calamidad del rey Carlos II, que por falta de dinero no pudo ir al campo en verano, ni algunas veces salir de su palacio, porque sus cocheros, que no estaban pagados, se habian retirado á las iglesias, y en fin, que tuvo un dia mucho trabajo en

tener que comer, cosa deplorable de ver en tal miseria á un príncipe que enriqueció á toda la Europa) el cardenal se vió obligado á recoger los coches que la difunta reina habia mandado hacer en Paris, donde quedaban detenidos por falta de treinta mil libras que aun se debian. Si la nueva reina quiso por primera vez ir al campo, fué preciso que pidiese dinero prestado á doce por ciento de interés. Baste decir que nadie queria ya suministrar á crédito ropas para vestir al rey. El cardenal cubrió esta vergüenza con el pronto pago... ¿de cuánto creéis? De setenta y dos mil doblones debidos á Boucher, mercader de Paris.

En vista de un estado tan deplorable que hubiera espantado á todo hombre de valor, el cardenal Alberoni protestó al rey, que si le daba solamente cuatro años de paz, le haria el monarca mas formidable de Europa, tanto por mar como por tierra. En ejecucion de esta promesa que pareció entonces una pura jactancia, habiendo el cardenal considerado que sin el auxilio del fuego y del hierro no podia volver la salud á un cuerpo gangrenado, resolvió en sí mismo comprar á espensas del odio público la gloria de su rey, el restablecimiento de la monarquía y el interes de la nacion, aun á pesar de ella, si era necesario en este desígnio. Limpió luego la España de una infinidad de bocas que le chupaban toda la sangre, reformando en primer lugar aquel número considerable de guardias de corps; cuya tropa era de tal gravámen, que en un consejo público el duque de Vendoma declaró al rey que no los queria absolutamente consigo en campaña. Redujo á solos cuatro tesoreros y dos contralores aquel ejército insaciable de tesoreros, contralores y tantas otras gentes, por las manos de quienes, en lugar de la opulencia que se esperaba de ellos, no resultaba al rey mas que indigencia, usurpando cada uno y apropiándose las rentas públicas.

El cardenal Alberoni, para detener el curso de tal desórden, abrió el palacio de Uceda y de él hizo el archivo público de todos los papeles para los negocios corrientes, haciendo trasladar los otros al famoso archivo de Simancas. Aquel lugar fué aplicado á los consejos, á los tribunales, á la tesorería general, al registro ó contraloría, etc., é hizo mandar por un real decreto que todos los tribunales estarian abiertos para la comodidad pública tres horas por la mañana y tres por la tarde; y para que la recompensa correspondiese al trabajo, aumentó del doble, por una asignacion fija sobre las rentas del rey, los sueldos de todos los oficiales de los tribunales de Madrid, los que antes independientes estaban por lo tanto muy expuestos á la prevaricacion.

El cardenal unió la caridad á la justicia, y habiendo sabido por el padre Daubenton (confesor del rey) que la difunta reina habia reunido en un hospicio provisional algunas pobres muchachas abandonadas y errantes por la villa, fué pronto allá con aquel padre. Allí encontró ochenta encerradas como en un establo, ó por mejor decir, en un lazareto; quince de aquellas muchachas se hallaban en un estado espantoso de un mal capaz de infestar á todas las otras. El cardenal, movido de compasion, hizo luego trasladar al hospital general y curar á sus espensas las enfermas, que murieron casi todas. En seguida, con su presencia y en parte á sus costas, restableció en menos de un año el palacio donde habitaba el conde de Monterrey y lo hizo una de las mas cómodas y mas sanas comunidades de Madrid, haciendo elevar sobre la puerta las armas del rey y la reina en mármol. Esta casa se llama hoy dia el colegio real de la Proteccion. Aquellas muchachas, despues de haber ido en procesion á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, tomaron posesion de su nueva casa, que hallaron abundantemente provista de todo lo que era necesario para número tan grande de personas, habiendo sido antes quemados los muebles de la antigua por orden del cardenal como infectados. En seguida obtuvo á favor del nuevo colegio una pension anual de mil doblones sobre una encomienda; primera fundacion estable de aquellas pobres jóvenes, que sin la caridad del marqués de Santiago y el continuo cuidado de don Lorenzo Matheu, individuo del consejo de Castilla, hubieran mas de una vez carecido de pan.

Ya comprendéis, marqués, cuántos enemigos ha debido hacerse el cardenal por estas dos reformas. En seguida, únicamente atento á tomar noticias sobre el comercio, las manufacturas, la marina, las Indias, la hacienda, y sirviéndose á este efecto de sugetos hábiles, tanto para la parte militar y la política, como para la económica, empezó por no ascender mas que á los hombres de mérito, llenando los empleos con sugetos dignos y no dándolos al favor, abuso que prevalecia mucho tiempo habia. El cardenal fué inflexible sobre este artículo, hasta á las insinuaciones de Sus Majestades Católicas.

Todo secretario en Madrid (y hay gran número de ellos) tenia su tribunal en su propia casa; allí tenia los actos públicos y las audiencias durante una hora, por la mañana: lo restante del tiempo se pasaba en diversiones solamente, con gran perjuicio de los pueblos, que á menudo despues de un mes de solicitudes no podian llegar á hablar una sola vez al secretario. Si moria ó cambiaba de casa, los autos y papeles tan importantes eran trasladados públicamente á otra parte, y muchas veces despues que las personas interesadas habian tomado los que les convenian, de modo que la monarquía se ha hallado muchas veces privada de títulos de la mayor importancia.

El cardenal, aplicándose sin dilacion á la economía, introdujo las manufacturas en España. A este efecto hizo elevar con un gasto y trabajos inmensos las aguas

del rio Henares, y estableció en Guadalajara una fábrica real de paños muy finos, despues de haber hecho venir en una sola vez de Holanda quinientas familias que desembarcaron en Bilbao con todos sus muebles, utensilios y herramientas necesarias para esta fábrica. Cuando el cardenal salió de España, no habia mas que tres de estas familias que fuesen protestantes, de muchas que lo eran. Sacó de los hospitales de Madrid gran número de muchachos que actualmente se han hecho hábiles en estas artes. Llamó de Inglaterra buenos tintoreros, poblando así con estos nuevos venidos la vasta soledad de la España, y reteniendo el dinero en el interior del reino, mientras que antes, segun todas las cuentas, la España por la venta de las lanas no sacaba de los extranjeros la cuarta parte de lo que le costaba el comprar en seguida los paños que necesitaba. Hoy las tropas del rey se visten de paños fabricados en España, cuando pocos años antes se compraban en otros países.

Por la mediacion del baron de Ripperda, embajador de Holanda en Madrid, hombre de calidad, muy amigo del cardenal (amistad que en todo esto parte de la conversion del baron á la religion católica) introdujo en Madrid fábricas de ropa de mesa y otras telas de Holanda, de donde habia sacado en esta ocasion obreros, habiendo hecho instruir cuatrocientas religiosas españolas en el modo de hilar con la misma perfeccion que en Holanda. Fué por su medio que se estableció cerca de Madrid una fábrica de cristales, de la que hizo expedir un amplio privilegio á don Juan de Goeniche, hombre muy hábil y encargado de otras muchas manufacturas nuevas.

Los religiosos del Escorial tenian un privilegio exclusivo de vender, no solo en el continente de España, sino tambien en las Indias, todos los libros sagrados, como misales, breviarios, que ellos compraban en Amberes: el cardenal, luego que estuvo informado de ello, hizo de modo que se estableciese en el Escorial un molino de papel con una imprenta de perfectos caracteres en todo género.

Se dirigió en seguida á la marina y al comercio, que son el sosten y alimento del poder. Despues de haber reunido en conferencias reiteradas negociantes de toda nacion, resolvió hacer al puerto de Cádiz el mas célebre de Europa, añadiéndole almacenes, arsenales, fábricas y todas las demás cosas que pudiesen necesitarse. Para hacer en seguida mas floreciente el comercio, descubrió todos los fraudes y subterfugios introducidos por los particulares en perjuicio del público. Hizo un nuevo sistema para el comercio, con un cambio en las tarifas igualmente estable y prudente. Puso en su perfeccion el gran proyecto sobre el tabaco de la Habana, que cuando será administrado conforme al nuevo plan, producirá con gran ventaja de los pueblos una riqueza increíble al rey. Para entender este hecho, que debe ser muy agradable á vuestros ney gociantes á todos los que están interesados con España, se ha de saber que los últimos reyes habian empeñado por cuatrocientos mil ducados todo el derecho sobre el tabaco de las islas Canarias, con esta cláusula expresa que el rey no conservaria allí la menor autoridad. Entonces las Canarias sirvieron como un lugar de depósito para todo el tabaco que venia de la Habana en contrabando, desde donde despues se repartia en todo el mundo. El cardenal Alberoni, viendo que esto era un terrible obstáculo para la ejecucion de su gran proyecto, repuso al rey en posesion del antiguo derecho con el primer reembolso de cuatrocientos mil escudos al marqués de Mejorada, á quien estaba empeñado.

Toda España está tambien informada de los gastos considerables que el cardenal hizo en los dos palacios de Aranjuez y Madrid; además de muchos aumentos, hizo construir un magnífico guarda-muebles. Antes de esto los muebles del rey, las tapicerías, hasta los diamantes de la corona, estaban en poder de una infinidad de particulares que tenian con este motivo salarios considerables; y era un monton de sanguijuelas que agotaban las mas claras rentas del rey.

Estableció en Cádiz, inmediatamente despues, un colegio de 400 jóvenes caballeros, para aprender en él particularmente la navegacion en toda la perfeccion del arte y poder en lo sucesivo mandar los buques del rey sin el auxilio de los extranjeros. ¿Qué buques, direis, si el arte de construirlos estaba ya como olvidado en España, si los pocos que habia eran tomados á flete de los extranjeros, y si para reparar hasta la madera, las jarcias, las velas, se sacaba todo de Holanda? Fué, sin embargo, el cardenal Alberoni, quien resuelto á hacerlo todo en lo interior del reino, además de la compra de muchos buques de guerra extranjeros y un gran número de otros tambien de guerra tomados á flete, además de los que tenia el desígnio de hacer construir en la Habana, á donde fueron enviados para este objeto muchos obreros, entre los que habia algunos de vuestros genoveses, renovó en España la construccion de los buques, habiendo hecho fabricar en el solo primer año, con gran asombro de la España misma, catorce navios de línea, tres en Cataluña y once en Vizcaya. Estos, en la última guerra con la Francia, á instancias de los ingleses y en presencia del coronel Stanhope, fueron allí quemados con una cantidad inmensa de madera ya medio preparada para la construccion de otros muchos buques; iluminacion bien agradable á los ingleses.

Mas ¿dónde el cardenal halló en España jarcias, velas, maderas y palos? Todo por su diligencia en España. Hizo renacer en Galicia la fábrica de las velas que mas de treinta años habia que estaba extinguida; introdujo en Cataluña y Andalucía la de las jarcias; fábrica que indujo á aquellos pueblos industriosos á sembrar canti-

dad de cáñamo, de que abunda actualmente aquel país. Los palos se sacan ahora de los montes vecinos, pero inaccesibles de los Pirineos, habiendo sido desembarazado y reparado el antiguo camino hecho en otro tiempo por el célebre Gooneche para la comodidad del transporte; y el cardenal, á su salida de España, dejó 800 palos de navío en el puerto de los Alfaques, cerca de Tortosa.

La América, como he dicho ya, casi se había vuelto una tierra nuevamente desconocida á la España, de modo que cada vez que el rey quería para algun asunto urgente enviar allá órdenes ó tener noticias, estaba obligado á fletar con grandes costas algunos buques mercantes. En fin, todo el nuevo mundo era la presa arbitraria del comercio de los extranjeros que allí traficaban impunemente en contrabando. El cardenal Alberoni estableció luego ocho buques de aviso con tal orden en su ida y su vuelta, que para decirlo así, hizo un correo arreglado entre la España y las Indias occidentales. En seguida, despues de haberse quejado muchas veces á la corte de Francia de las contravenciones de los negociantes franceses, envió á América cuatro gruesos buques de guerra para correr el mar del Sur ó impedir el contrabando; los buques hicieron represalias por cinco millones de piezas de á ocho. ¿Os acordais, marqués, cómo vuestro fiscal servia de bello pretexto para enriquecer á los antiguos gobernadores; cómo pintaban al rey de España aquella plaza desierta y peligrosa, como si hubiese sido un puerto de Tolon; cómo todo nuevo gobernador era celoso para la construcción de una nueva obra en aquella gran llave de la Italia, á que en fin gastaba mil escudos, mientras que ponía cien mil en la cuenta del rey? Tal era en América la mina de azogue, por otra parte tan necesaria para el uso de las minas de oro y plata. A favor de aquella mina, tantas gentes comían á espensas del rey, y comían tanto que algunas veces el azogue costaba mas que el oro. El cardenal Alberoni, queriendo desarraigat absolutamente un abuso tan pernicioso, perfeccionó la famosa y muy abundante mina de Almaden, situada al pié de la Sierra Morena; mandó que el azogue que provendria de ella fuese en adelante enviado á América para las minas de oro y plata y que allí se cerrase luego la que ocasionaba tan grande gasto, y en la que cada año perecian mas de diez mil indios de los que eran llevados á la fuerza para trabajar, lo que hacia que aquel nuevo mundo se despojlase siempre mas, y que el ánimo de aquellos inocentes y desgraciados habitantes se agriase mas y mas contra la nacion española.

Mas lo que causó mayor sorpresa á la España fué el verse resucitada de repente en la parte militar. El cardenal, que siempre habia estado en campaña con el duque de Vendoma, introdujo un arreglo admirable en las tropas, tanto de infantería como de caballería, con tal ahorro para el rey en lo que concierne al sueldo, los viveres, el vestuario, las municiones, y con tan bello orden en la disciplina, que seria demasiado largo referir aquí el extenso detalle que tenemos de España sobre estos puntos.

El cardenal halló tambien la España tan desprovista de artillería que en la importante plaza de Pamplona habia catorce cañones, así de bronce como de hierro, todos de diferentes calibres, sin municion alguna. Si la puerta de España se hallaba en tan mal estado, juzgad, marqués, cómo estarian las otras plazas. El cardenal Alberoni, sin perder tiempo ni perdonar gastos, abrió de golpe cuatro fundiciones reales; y de la cantidad inmensa de metal que sacó de Holanda, hizo construir por tres años consecutivos tanta artillería, que el rey vió por sí mismo á Pamplona provista de ciento y treinta cañones, todos de bronce, y un gran número de morteros, con otros muchos pertrechos, y tal abundancia de viveres que ocho mil hombres, en caso de sitio, hubieran podido resistir seis meses. Todas las demás plazas de España estaban provistas á proporcion, independientemente de la numerosa artillería enviada á Cerdeña y á Sicilia.

Restableció en Vizcaya las fábricas de fusiles y cañones de hierro, destruidas mucho tiempo habia, y abrió otras dos, la una á cinco leguas de Madrid y la otra en Barcelona, en las que se trabaja actualmente una muy grande cantidad de fusiles de toda especie, para cuya compra se enviaban antes á Francia sumas considerables.

Por consiguiente, me direis, el cardenal se vió obligado á oprimir los pueblos con una infinidad de nuevos impuestos para sacar de ellos tantos tesoros. ¡Ah! mi caro marqués, vos no sabeis qué gran cuerpo es la España, cuando tiene una cabeza. Esto quiere decir el buen orden que el cardenal puso en la Hacienda y el comercio, y en fin su economía en el gasto. El cardenal, con tal administracion, no solo no hizo contraer nuevas deudas al rey, sino que aun desde el principio de su ministerio hizo descargar á los pueblos de algunos derechos exhorbitantes, y para hacer agradables los auspicios de la nueva reina, hizo disminuir los impuestos en los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, y los derechos sobre el Brasil, cargas y otras cosas semejantes enajenadas á la corona. Con esta administracion, no solamente el cardenal se halló en estado de subvenir á los gastos inmensos de que acabamos de hablar, sino aun mas, en la última guerra con la Europa, no estableció el menor impuesto nuevo; al contrario, suspendió algunos en Madrid sobre los viveres. Con esta administracion el cardenal, en el tiempo de la guerra con las islas, pudo hacer expediciones contra la Inglaterra y enviar en un solo año (que fué 1719) á Sicilia y Lonsdon setecientos mil doblones en muchas letras de cambio sobre Génova, Liorna y Roma: pudo tambien al

mismo tiempo enterrar tesoros, perfeccionando la formidable ciudadela de Barcelona y la de Pamplona, que aun no tenia camino cubierto, y fortificando con nuevas obras las plazas de Hostalrich, Rosas, Gerona, Castell-Ciudad, Fuenterrabia, San Sebastian, con guarniciones reforzadas y bien pagadas.

Con esta administracion, en fin, hizo cesar los robos que se hacian al rey. Esta España, poco antes tan abatida que en el congreso de Utrecht se vió sacrificada sin poder abrir la boca, despojada de los Estados de Italia y de la Flandes sin ser oida, ni nombrada, y que segun las apariencias va ahora al congreso de Cambrai toda adornada, como una víctima coronada de flores va al sacrificio (si con todo el congreso de Cambrai no tiene la misma suerte que el Misisipi); esta España que despues que los alemanes hubieron evacuado la Cataluña, no pudo sola reducir en muchos meses de sitio la ciudad de Barcelona, defendida solamente por cuatro desdichados abandonados, de modo que para lograrlo se vió obligada á pedir tropas á la Francia, sin las que tampoco pudo recobrar Mallorca, aunque evacuada; esta España, sí, esta España en el corto espacio del ministerio del cardenal Alberoni, que solo fué de dos años (si hablamos del ministerio suspendido), tomó de golpe otra faz, y no contenta con las empresas de que acabamos de hablar, pudo sola hacer sitios importantes en Cerdeña y recobrar toda la isla, reunir pronto una armada de mas de cuatrocientas velas que llevaban cincuenta y cinco mil efectivos, todos gente escogida, que desembarcaron en Palermo con siete mil caballos, cien cañones de veinte y cuatro y otros treinta de menor calibre, morteros, provisiones de boca y guerra para muchos meses, veinte mil fusiles para distribuir á las gentes del país, un millon de piezas de á ocho en dinero efectivo, y en fin apoderarse á viva fuerza de la ciudadela de Mesina á la vista de la flota victoriosa de Inglaterra y del ejército imperial, que por la cercanía de la Calabria tenia la comodidad de abastecer á cada momento á los sitiados; sí, en fin, esta España, poco antes tan débil, tan agotada, llegó al punto de esplendor de ver en el Escorial, á los piés de su rey, á los embajadores de las dos primeras potencias de Europa pedirle humildemente la paz y al fiero inglés ofrecerle la importante plaza de Gibraltar.

¿Cuánto tiempo hacia, marqués, que la España no veía semejantes milagros? Sin embargo, son ellos los efectos del cardenal Alberoni; y la España los hubiera visto aun mayores, si el cardenal hubiese permanecido un poco mas allí. Tenia la intencion de suprimir enteramente el impuesto llamado de los millones, carga, decia él, insoportable á los pueblos.

Llamó entonces de Italia al padre de Castro, jesuita español, perfectamente instruido del establecimiento del colegio de nobles de Parma, con el designio de formar con el tiempo cuatro semejantes para la jóven nobleza en España, donde no habia ninguno. Estaba ya á punto de introducir en España fábricas de ropas de oro y plata, de franelas, de sargas, de medias, etc.; y habia para este objeto ajustado los mejores obreros en este género, así en Inglaterra, como en Lyon, en el tiempo precisamente que salió de España. Ocho dias antes de su partida, habia hecho venir de Holanda un famoso ingeniero con la mira de hacer (y esto se hubiera seguramente ejecutado) el Manzanares navegable para el transporte de las provisiones, principalmente del carbon y la leña que no son menos caros que raros, por la necesidad

de trasportarlos á Madrid con mulos, de quince á veinte leguas lejos. Habia tambien proyectado erigir dos compañías, una oriental y otra occidental, para el comercio de la sola nacion española; empresa poco agradable á las potencias marítimas que poco antes no habian visto con gusto la del Ferrol. Este es un puerto de Galicia situado en un país abundante en obreros, que si estuviese perfeccionado, estaria al abrigo de todo insulto, tanto del mar como de los enemigos, ventajas que no tienen los puertos de Pasages y Santoña, donde en efecto los franceses quemaron sin ningun riesgo, como ya hemos dicho; once grandes buques nuevos y toda la madera que se habia llevado allá para la construcción de otros muchos. El Ferrol además está al alcance de Inglaterra, y los dos buques salidos de esta costa fueron los únicos que aportaron felizmente á Escocia. El cardenal, queriendo poner á este puerto en buen estado, cualquiera que fuese el costo, llamó á Madrid al marqués de Risburgo, virey de Galicia, y despues de muchas conferencias sobre este objeto, le despachó con hábiles ingenieros para empezar la obra. Habia ya cuarenta mil escudos aprontados con este destino.

Con esto comprendéis, marqués, la razon por la que el cardenal se hacia enemigos fuera de España, sorprendidos del nuevo pié sobre el que por la habilidad del cardenal caminaba la España. Es cierto que milord Stanhope, cuando estaba en Madrid, viendo con sus propios ojos los progresos de la España en lo político, militar y económico, dijo lleno de admiracion: «Si la España continúa andando con este paso, se hará formidable á todas las demás potencias.»

Ya os figurais cuántos cuidados, fatigas y sudores debia costar al cardenal una empresa de esta suerte; no se le vió tomar el menor reposo, ni perder un momento; siempre atento, aplicado, infatigable, estaba sin interrupcion ocupado de todo y de tan vastos negocios, que un militar decia ordinariamente: «Yo mas quisiera vivir esclavo en Argel, que ser el cardenal Alberoni en la corte de Madrid.» En cuanto á mí, no puedo comprender que un solo hombre haya podido llevar una carga tan pesada.

Mas en fin, he sabido que, además de la fuerza de su temperamento, observó siempre una rara sobriedad, un régimen excelente en su modo de vivir, contentándose por la mañana con un simple plato, ó á lo mas dos, sin vino, y sin comer por la tarde. Pero me direis, ¿porqué un hombre de tan grande mérito, que hizo tantos servicios á la España, en lugar de ser recompensado por ellos, es perseguido? ¿Qué política la de irritar á un hombre que no puede dejar de ser estimado? ¿Y qué honor hace la España á su rey, desacreditando al cardenal que ha tenido toda su confianza? ¿Cuál puede ser nunca la causa de tan extraña política, desconocida absolutamente á la razon de estado? El cardenal lo ignora. Preguntado un dia por uno de sus amigos cuál podia ser la verdadera causa de su desgracia, pues las otras acusaciones públicas se han hallado manifiestamente falsas, respondió: «Yo me tendria por dichoso si estuviese instruido de ella, pues me bastaria solamente saberla para destruirla.»

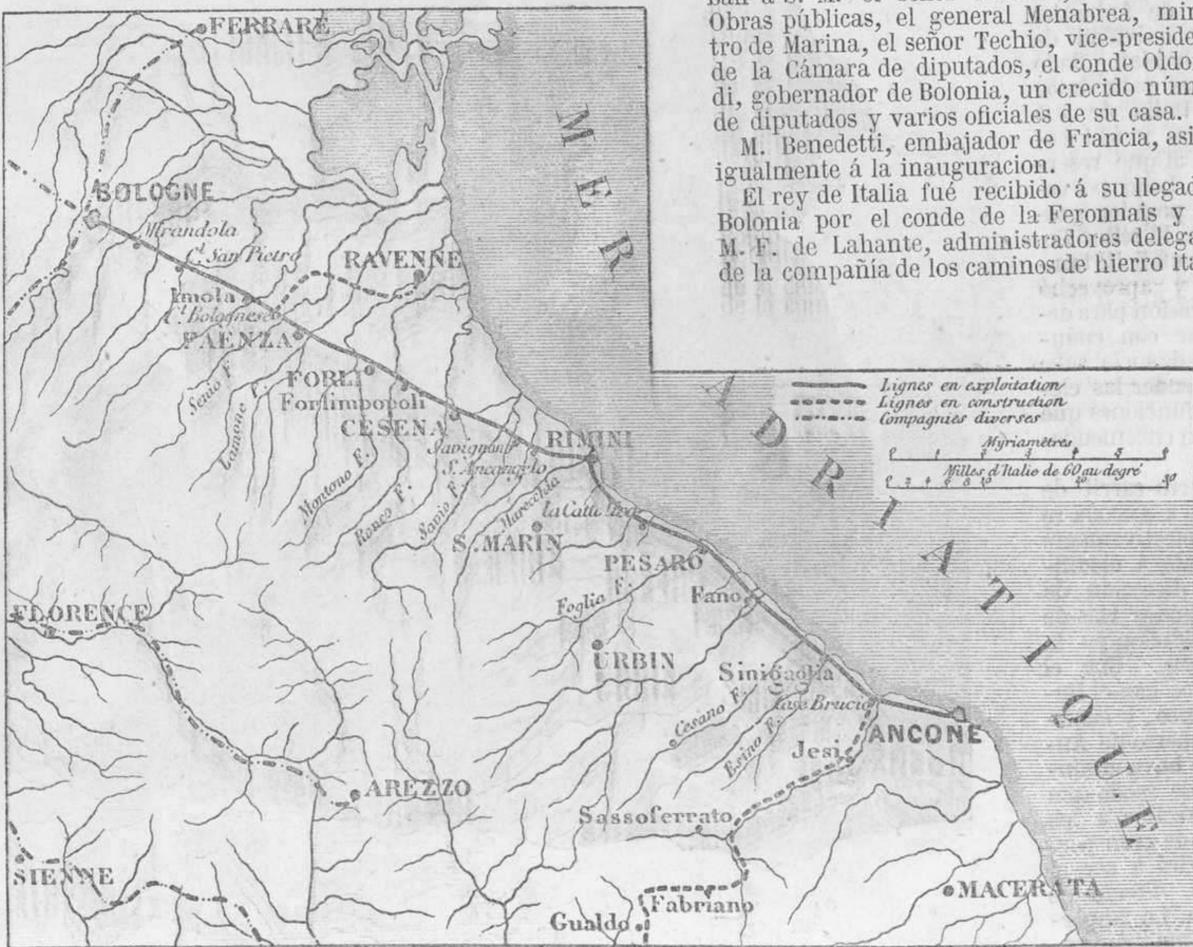
Inauguracion

DEL FERRO-CARRIL DE BOLONIA Á ANCONA.

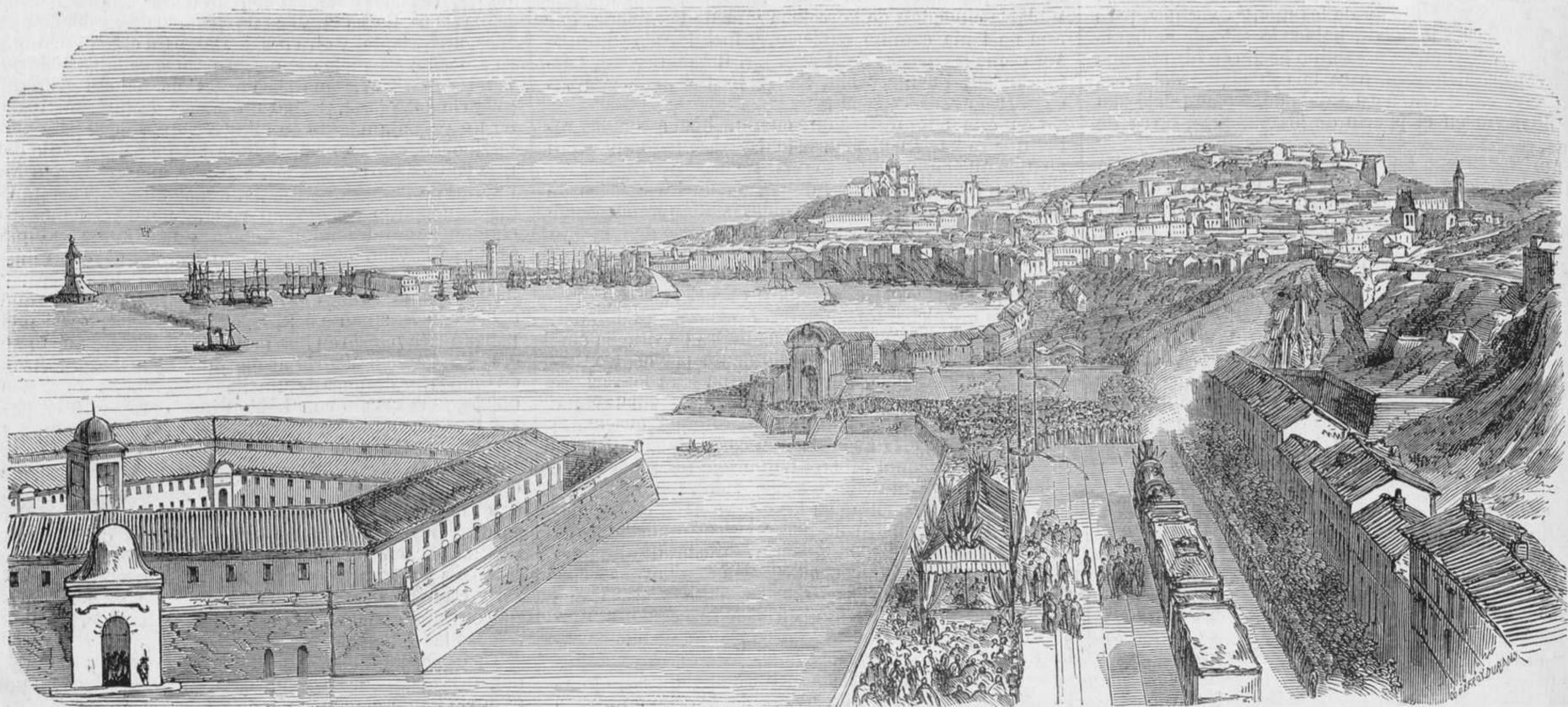
El rey Victor Manuel ha hecho un viaje á Bolonia para asistir á la inauguracion del ferro-carril que va de esta ciudad á Ancona. Acompañaban á S. M. el señor Peruzzi, ministro de Obras públicas, el general Menabrea, ministro de Marina, el señor Techio, vice-presidente de la Cámara de diputados, el conde Oldofredi, gobernador de Bolonia, un crecido número de diputados y varios oficiales de su casa.

M. Benedetti, embajador de Francia, asistia igualmente á la inauguracion.

El rey de Italia fué recibido á su llegada á Bolonia por el conde de la Feronnais y por M. F. de Lahante, administradores delegados de la compañía de los caminos de hierro italia-



PLANO DE LA LINEA DE BOLONIA A ANCONA.



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE BOLONIA Á ANCONA.

nos. El tren regio atravesó en siete horas la distancia de Bolonia á Ancona pasando por Mirandola, Quaderna, Castel San Pietro, Imola, Castel Bolognese, Faenza, Forli, Cesena, Savignano, Rimini, Pezaro *la cattolica*, Pezaro, Fano y Sinigaglia.

Por todas partes á su paso el rey de Italia fué saludado por las aclamaciones entusiastas de las poblaciones que habian salido á su encuentro. La ciudad de Ancona estaba adornada con banderas y magníficamente iluminada para festejar la llegada del soberano popular de la Italia.

El rey Victor Manuel felicitó ardentemente al conde de la Feronnais y á M. F. de Lahante, por la actividad de que habian dado pruebas para dotar á la Italia de ese hermoso y útil camino, al que reserva tan bello porvenir su posicion geográfica. El señor Peruzzi les felicitó tambien, y aprovechó esta ocasion para demostrar con cuánta inteligencia sabe comprender las elevadas funciones que le están encomendadas.

El ferro-carril de Bolonia á Ancona se halla efectivamente destinado á modificar la direccion de las grandes vias de comunicacion en la península. Une el Adriático con el Mediterráneo, y cuando el puerto de Ancona se haya ensanchado de modo que pueda recibir á los buques de gran porte, vendrá á ser el camino directo de la India. La importancia que tiene pa-



Parquet

TEATRO IMPERIAL ITALIANO : ANA BOLENA, acto 1º, escena 3ª, (Véase la Revista de Paris).

ra la Italia la apertura de esta nueva via explica porqué el rey Victor Manuel quiso asistir en persona á su inauguracion. — El dibujo que publicamos representa la vista de Ancona y de la tienda de honor bajo la cual fué recibido en esa ciudad el rey de Italia.

C. B.

La posesion

IMPERIAL DE VILLENEUVE-L'ETANG.

La posesion de Villeneuve - l'Etang se halla situada en la jurisdiccion de Marnes, entre la aldea de este nombre, á cuya plaza da una de sus entradas principales, la posesion de la Marche, de la que está separada por el camino de Saint-Cloud á Vaucresson, y la posesion de Saint-Cloud.

Compónese del palacio y de sus dependencias inmediatas, capilla, invernáculo, caballerizas, habitaciones de criados, etc.; de jardines y huertas, de un cuerpo de granja, y finalmente de un parque que comprende bosques, prados, tierras de labranza, estanque y rios, todo ello cercado de tapias y de una superficie de 74 hectáreas; sus fuentes están alimentadas por las de la Marche, y alimentan á su vez las de Saint-Cloud.

Antiguamente la posesion de Villeneuve formaba parte del dominio de la Marche; pero fué separada en 1701 por M. de Chamillart,

ministro de Estado, que vendió la Marche á M. de Maillebois y conservó Villeneuve; sin embargo Villeneuve no tenía entonces la importancia de hoy, pues solo contenía unas 57 hectáreas, hasta que en 1802 el mariscal Soult, mediante diversas adquisiciones, la dió sus proporciones actuales.

El palacio en vez del nombre de Villeneuve tenía entonces el de Plaisance, aunque uno de sus anteriores propietarios se llamaba Hermant de Villeneuve.

Entre M. de Chamillart y el mariscal Soult se encuentran diferentes propietarios cuyos nombres importa poco señalar; uno de ellos compró la posesion en el año IV por la suma de 10.705,000 francos pagaderos en asignados.

El mariscal Soult vendió Villeneuve á la duquesa de Angulema el 29 de diciembre de 1821, y esta la revendió el 27 de julio de 1831 al vizconde de Caze, antiguo recaudador general del Paso de Calais, cuyos herederos la cedieron el 23 de junio de 1852 al príncipe presidente mediante el precio principal de 1.065,000 francos.

Villeneuve reunida al parque de Saint-Cloud es hoy uno de los sitios imperiales. El emperador tiene un gusto particular por esta residencia.

Revista de Paris.

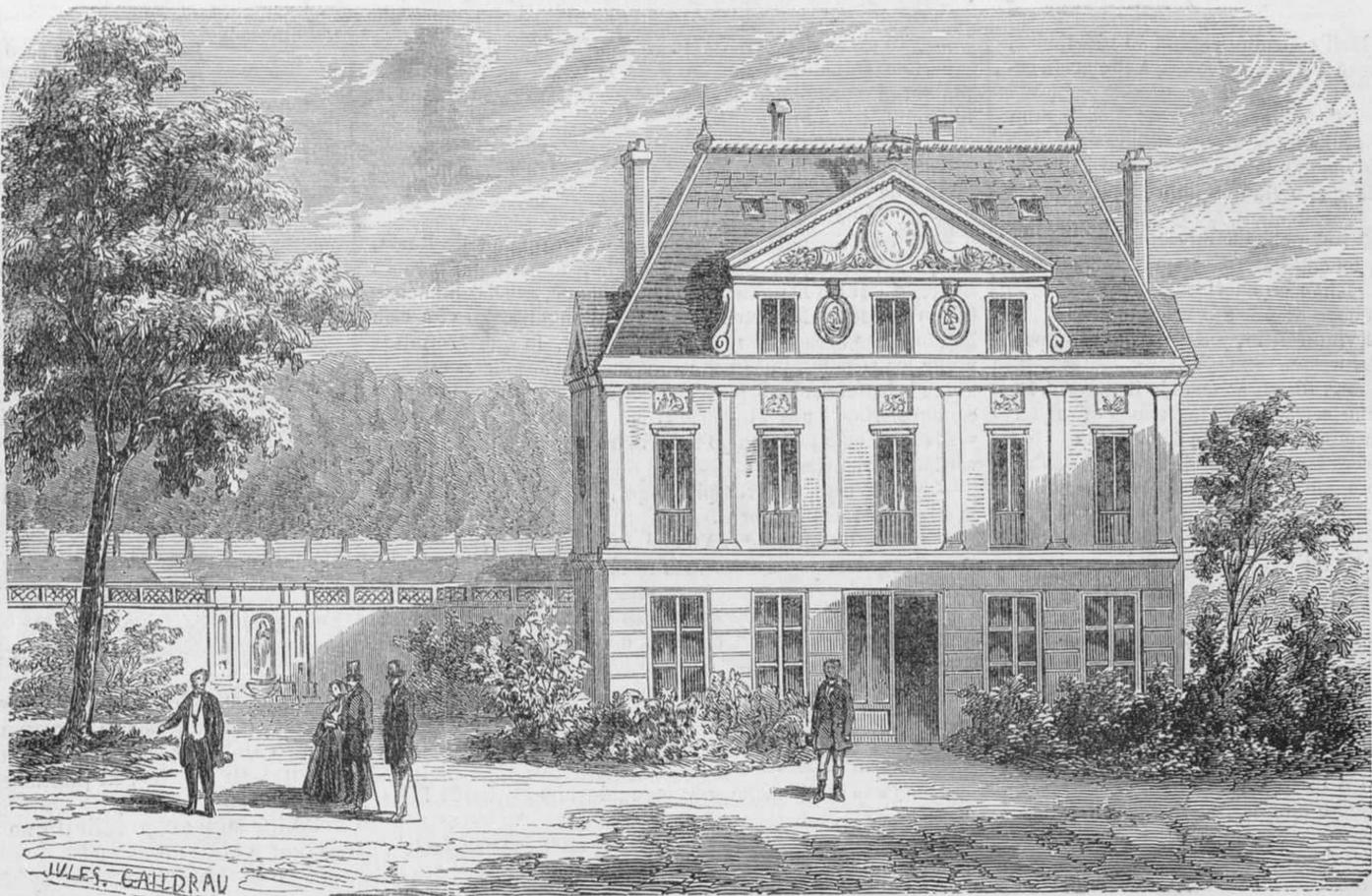
Algunos salones se han abierto ya, y en ellos se han querido inaugurar las grandes reuniones de la estacion en que entramos; pero la tentativa ha tenido poco éxito, es decir, la concurrencia ha sido escasa. Está visto ya que hasta pasado Año nuevo no es posible organizar esas fiestas. Por ahora hay que atenerse pues á los amigos íntimos, á pesar de que la mayor parte de los parisienses viajeros se hallan ya en Paris de regreso de sus excursiones veraniegas. Uno de estos excursionistas aparecia el domingo por la primera vez este invierno en uno de esos círculos de amigos, donde esperaba encontrar á su esposa.

— No la hemos visto, le respondió el amo de la casa; pero ¿Vd. sabe que está en Paris? Nosotros lo ignoramos.

— Yo me lo figuraba, repuso el marido; y el caso es que venia aquí á preguntar por ella.

Y como nadie pudiese darle una respuesta satisfactoria, nuestro hombre se desespera, no porque esté celoso, sino porque extraña que á fines de diciembre su cara mitad no haya vuelto todavía á preparar la apertura de sus salones.

Estos esposos forman un matrimonio modelo; viven en la mejor inteligencia; pero como no tienen los mismos gustos ni las mismas amistades,



VILLENEUVE-L'ETANG. — EL PALACIO.



EL CANAL Y EL LAGO.



LA LECHERIA.

mientras ella recorre todas las sociedades de Paris y recibe en su casa todas las semanas, él prefiere su casino, donde pasa la mayor parte de sus horas.

Esta gran libertad recíproca hace que reine entre los dos el acuerdo mas perfecto; se profesan mutuamente un afecto acendrado, tanto mas sólido cuanto que está al abrigo de toda prueba. La diversidad en los gustos no es una desgracia entre los casados sino cuando el uno de ellos quiere imponer al otro el sacrificio de sus inclinaciones; pero aquí nada de eso sucede, cada cual se atiene á sus propias necesidades y exigencias.

Cuando llega el verano, se dirigen á tomar aguas por distintos caminos, y luego cada uno de ellos obra segun su gusto. El esposo viaja por el extranjero, viene de tiempo en tiempo

á Paris, sale á partidas de caza con sus amigos; la señora hace visitas á las personas de su sociedad que viven en el campo, y pasa la temporada repartiendo las semanas entre las casas amigas. Se escriben rara vez ó nunca, reservando la relacion de sus aventuras para sus conversaciones del invierno. ¿Dónde puede darse una existencia mas dichosa?

Este año el marido no ha sabido nada de su mujer, y como nos acercamos á la época de los aguinaldos, época feliz para los que tienen que recibirlos, extraña sobremana que su esposa no haya llegado á la capital, pues siempre por este tiempo ha tenido el placer de encontrarla muy obsequiosa y muy atenta. Será preciso que pase una circular á todas las relaciones de su señora, ó que anuncie su deseo de verla en los periódicos, y quizá conseguirá así descubrir su paradero.

La publicidad aplicada á los asuntos particulares, como se acostumbra en Inglaterra, es un medio que suele producir resultados satisfactorios, y vemos que en Paris ya se principian á conocer sus ventajas. El juéves último hemos leído en varios diarios un anuncio de una

persona que busca á otra, anuncio misterioso que envuelve toda una historia digna de contarse.

Hace como dos años y en un dia de frio rigoroso un infeliz anciano, pálido y extenuado de necesidad, se habia sentado en una esquina de la calle Saint-Bernard. Serian las seis de la tarde; los transeuntes eran escasos y no se detenian creyendo que aquel hombre estaba beodo, suposicion que podian justificar sus miserables vestidos; sin embargo, examinándole de cerca se notaba que tenia un semblante noble y distinguido.

Estaba á punto de caer de desfallecimiento, cuando acertó á pasar un jóven artesano, que le detuvo en sus brazos y le preguntó:

— ¿Qué es lo que tiene Vd., buen hombre?

— ¡Ay! amigo mio, tengo hambre, respondió el infeliz con voz débil.

— Pues la cosa tiene fácil remedio, repuso el trabajador. Deme Vd. el brazo, apóyese Vd. bien y vamos á tomar un refrigerio.

Y llevándole á un figon de allí cerca, mandó que sacaran una buena sopa con otros alimentos que el desgraciado anciano devoraba. Pero el jóven que le observaba con satisfacción, le detuvo diciéndole que sería una imprudencia comer demasiado.

— Es verdad, respondió el pobre hambriento bajando la cabeza, y por otra parte, no debo abusar de Vd., pues inútil sería advertirle que yo no tengo un cuarto.

— Está bien, replicó el obrero; por eso no se apure usted, tomaremos una copita de vino rancio, y despues le acompañaré á Vd. á su casa.

Esta no se encontraba muy distante; cuando llegaron á su puerta, el honrado artesano estrechando las manos de aquel infeliz le habló en estos términos á guisa de despedida:

— Yo tengo un oficio lucrativo y el trabajo no me espanta. Esto quiere decir que como gano bien mi vida, de tiempo en tiempo suelo divertirme, y hoy justamente me habia comprometido para una broma con mis compañeros. Pero hé aquí los veinte francos que eran mi escote y que Vd. empleará mejor que yo; ahí los tiene Vd. y buenas noches; duerma usted bien, que pienso hacer lo mismo.

Y despues de haber pronunciado estas palabras el jóven echó á correr sin querer oír á su protegido, que dándole las gracias le pedia que recogiera su moneda, y desapareció.

El héroe de esta aventura es un anciano magistrado que habiéndose retirado con una modesta fortuna, habia tenido la desgracia de comprometerla en una operacion aventurada. Tenia un hermano muy rico que habria podido socorrerle; pero era un hombre egoísta é interesado, que creyó hacer mucho enviándole cien francos acompañados de observaciones ofensivas. El magistrado devolvió este dinero, y vino á París prometiéndose encontrar una ocupacion, pero no halló mas que la miseria y el desamparo.

Poco tiempo despues de la escena que acabamos de contar, uno de sus parientes que tenia mejor corazon que su hermano, supo la deplorable situacion en que se encontraba, y vino á buscarle á París y se le llevó á su pueblo, donde le hospedó en su casa y le trató con toda clase de consideraciones.

Pero hé aquí que en los últimos meses la fortuna del magistrado ha cambiado totalmente de aspecto. Su hermano que se habia portado con él de un modo tan indigno, vió morir á sus dos hijos y á su mujer en el espacio de pocos dias, y dolorosamente afectado con esta desgracia, cayó enfermo y murió dejando toda su fortuna al magistrado, á quien le tocaba de derecho.

El heredero habia conservado siempre en su corazon un recuerdo de gratitud por el jóven artesano que se habia mostrado con él tan bueno y caritativo. En cuanto entró en posesion de su riqueza, lo primero que pensó fué buscarle por todos los medios posibles, y así lo hizo; pero todos sus pasos fueron infructuosos. Como su intencion de ser útil á su jóven bienhechor es el principal de sus deseos, no ha temido recurrir á la publicidad, y ha dirigido á varios periódicos de París una larga carta que encierra los pormenores que preceden.

La carta concluye con estas palabras:

«Suplico al jóven á quien busco tan ardentemente, que si llega á tener noticia de mi escrito, pase á la casa adonde me llevó y que tiene el número 17; en ella le darán todas las indicaciones necesarias para encontrarme, y si quiere avisarme conmigo me dará una de las alegrías mas grandes que pueda tener en el tiempo que me queda de vida.»

Hasta la fecha no sabemos si el anciano miserable ayer y hoy en la opulencia ha recibido la visita del jóven artesano.

Los teatros están muy concurridos por la sociedad elegante de París, sobre todo los teatros líricos. La Grande Opera, los Italianos y hasta la Opera Cómica reciben cada noche una escogida muchedumbre de espectadores de gran tono. La boga de *la Estrella de Mesina* se continúa, y la Ferraris excita cada vez mas el entusiasmo público. En la Opera Cómica el tenor Roger va resucitando las antiguas partituras de Auber que han dado tanta honra y tanto provecho á este teatro. Actualmente hace *la Sirena*, una de las óperas en que mas brilló en sus primeros tiempos por los años de 1844. No le vimos entonces, y no podemos juzgar como juzgan otros, pero sí podemos asegurar que está admirable todavía, aunque haya perdido mucho; como aseguran los que se hallan en estado de comparar entre esta y aquella época. Roger es un artista concienzudo que estudia sus papeles minuciosamente, poniendo un cuidado particular hasta en los últimos accesorios. A propósito de estas representaciones de *la Sirena*, uno de los corresponsales del periódico *el Norte*, cuenta una curiosa anécdota que vamos á extractar aquí en apoyo de lo que decimos.

Al estrenarse la ópera en cuestion en el año que hemos indicado, Roger que debia representar el papel de Scopetto en este segundo *Fra Diavolo* que Scribe y Auber acababan de dar á la escena, quiso que aquel personaje fuese nuevo al menos en el vestido, ya que en sus condiciones esenciales se confundia con el otro.

Roger es hombre de demasiado gusto para repetir lo conocido, y posee demasiado amor á la historia y al colorido local de los países para improvisar un traje de oropeles confeccionado á su antojo. Por entonces justamente acababa de llegar de Italia un pintor de mérito, M. Papety, y el tenor de la Opera Cómica quiso hacerle una consulta.

El artista puso su album de dibujos y todos los apuntes que habia tomado por los caminos á la disposicion del Scopetto de Scribe y de Auber, que andaba buscando una vestidura exacta y pintoresca.

Roger examinó los dibujos y al fin descubre uno que le aranca una exclamacion de alegría.

— Aquí está mi traje, amigo mio,
— No es malo, dice Papety.

— ¿Te gusta de veras? ¿Me le aconsejas?

— Ciertamente; es bueno y te le aconsejo, responde el pintor; el mozo que le llevaba y cuyo retrato estás viendo ha tenido un triste fin.

— ¡Ah!

— Sí, tan malo, que he visto esa cabeza clavada sobre la puerta de la casa que habitó en vida.

— ¿Y cómo fué eso? Cuéntamelo.

— Era en Subiaco, pueblecillo de la campiña de Roma, donde á menudo se expone la gente á tomar á un hombre honrado por un bandido y recíprocamente, gracias á la confusion de ideas, de costumbres y de fisonomías. Yo vi á este hombre, me agradó su rostro y le detuve, lo que era intervertir los papeles, pues segun me dijeron despues, el moce-ton se las pintaba solo para detener á los transeuntes por los caminos. Hice pues el retrato del salteador, que á decir verdad era en aquel tiempo todavía un hombre que sabia salvar las apariencias...

— A todo esto, interrumpió Roger, yo estoy viendo aun su cabeza sobre sus hombros.

— Espera un instante... Yo salí entonces de Subiaco; por casualidad volví á pasar otra vez al cabo de algunos meses, y entonces pude contemplar la cabeza del bandido clavada en la pared de su casa entre las de dos de sus famosos compañeros. Habian hecho este ejemplo, que bien se necesitaba en aquella tierra. Parece ser que durante mi ausencia cometió la torpeza de comprometerse, en vez de continuar como antes sus fechorías con mucha cautela.

— Pues señor, Dios le haya perdonado; ¿no es verdad que su traje es hermoso?

— Sí, ya te lo he dicho, has escogido bien, y harás furor con él.

No se engañó el artista; pues no hay nada mas elegante y característico que el traje que saca Roger en el Scopetto de *la Sirena*.

El Teatro Italiano nos da tambien novedades de fecha muy antigua, óperas que realmente parecen nuevas porque estaban, al menos en París, sumergidas desde hace muchos años en el mas profundo olvido. En la semana última se ha sacado á luz *Ana Bolena*, una de las producciones juveniles de Donizetti, y en la cual demostró ya el talento dramático de que debia dar despues una prueba tan sobresaliente con *Lucia*. Sin embargo, no critiquemos esta resurreccion, pues á ella hemos debido el poder admirar á la Alboni bajo un aspecto enteramente nuevo, y que seguramente habrá acabado por conquistar los sufragios de los que han censurado siempre su frialdad en la escena. Ya en la gitana del *Trovador* habia dado una muestra de que sabe ponerse á la altura de las situaciones en los papeles que exigen ese esfuerzo; pero en *Ana Bolena* se ha revelado como nunca, cantando su parte de un extremo á otro con un fuego, una pasion y un brio que dejó atónitos aun á sus mismos admiradores. Es imposible que ninguna cantatriz haya estado jamás tan dramática como la Alboni en el célebre duo de Ana Bolena con lady Seymour. Jane Seymour condolidada de la desgracia de la reina, la descubre la infidelidad de Enrique VIII y la declara que ella es el objeto de su nueva pasion. Esta escena, que reproducimos en la página 388, es de un efecto inmenso; Mlle Battu segunda aquí á la Alboni perfectamente, y las dos cantatrices reciben cada noche una ovacion que se repetirá seguramente cuantas veces se ejecute la ópera.

Belart y Badiali no están en su cuerda, sobre todo el último, que representa un Enrique VIII muy benigno, sin pensar que es un monstruo poseido de las pasiones mas feroces.

MARIANO URRABIETA.

El pajarero.

En un bosque cierto dia
Un jóven pastor se hallaba,
Pajarero, que pasaba
Con la caza que cogia

No con el hueco arcabuz,
Ni con ballesta punzante,
Ni cerbatana pujante,
Que á todos hace la cruz.

Una red lleva; y liado
Un bramante suelto y fino
Que lo arroja de contino
Contra el jilguero cuitado.

Ansioso allí contemplaba
La tortolilla expresiva,
Y á la oropéndola activa
Y al ruiseñor que trinaba.

En esto miró posado
Sobre una rama, al ambiente,
Una avecilla inocente
Semejante á un genio alado,

Al punto preparó ledo
Su lazo, que lanzó ufano;
Mas aquel bulto liviano
Voló y burló su denuedo.

Siguió resuelto y constante
Tras su anhelado tesoro;

Despareció; en su desdoro
Quedó mustio y vacilante.

A Melandro, pastor viejo,
Le refirió su aventura,
Y en su pena acerba y dura
Le pidió norma y consejo.

«Ese pájaro que activo
Huyó, le dijo el anciano,
Volverá pronto á tu mane
Aunque vuele fugitivo.

Mas guárdate, mi pastor,
Y rehuye sus halagos,
Pues causan males y estragos
Sus gracias: se llama amor.»

J. M. DE ARRAMBIDE.

Los espíritus.

Lector, con franqueza, ¿crees en los espíritus?

— Sí, contestarás de seguro á tan absoluta pregunta. Pero si yo te advierto que los tales espíritus no son de vino, ni celestes, ni públicos, sino *evocados*, ¿qué me contestarás?

De tus labios oigo salir un *no* redondo; por lo menos, asomar á ellos una sonrisa de duda, como si de antemano te asegurase la bondad de una zarzuela de Camprondo, que el público no haya puesto aun en berlina.

Peró libreme Dios de aventurasadas suposiciones, y vamos al grano sin meternos con nadie.

¿Crees en los espíritus, ó no?

Si lo primero, parecerá mi artículo tan natural como la accion de Romea; aunque, para bien mio, te suplico que recuerdes sus primeros tiempos.

Si lo segundo, lee y te convencerás.

Hallábame, hace noches, frente á mi mesa de nogal. Yo queria hacer un artículo de costumbres. Cogí la pluma, y con la frente apoyada en la mano izquierda y los ojos cerrados, comencé á buscar la costumbre que habia de ser objeto de mi artículo. Agolpábanse á mi vista multitud de personajes, y á medida que se me presentaban, los iba desechando, porque en aquel momento no buscaba *tipos*, no buscaba *personas*; buscaba la sociedad para examinar sus costumbres.

Pasó una hora, al cabo de la cual me encontraba sin una nueva idea. La sangre se agolpaba en mi cerebro; el tufo de la luz fatigaba mi respiracion; y mis ideas, agitadas por encontrados sentimientos, iban tomando el giro de lo fantástico, estado muy bueno para los poetas, pero fatal, fatalísimo para el escritor de costumbres.

De pronto tiran de la campanilla. Mi patrona se habia quedado dormida en el sofá, y salí yo mismo á abrir la puerta. Era don Braulio, mi compañero de casa, carlista si los hay, hasta el extremo de dormir con boina.

— ¡Hola, don Frasquito! ¿qué se hace?

— Déjeme Vd., contestéle yo. ¿Creerá Vd. que hace mas de una hora que busco asunto para un artículo de costumbres?

— ¡Hombre! pues ¿y los adelantos?

— ¿Y qué tiene que ver eso?...

— ¿Cómo que no? ¿Porqué no evoca Vd. los espíritus para que lo iluminen?

Y al decir estas palabras con tono burlon y desprecia-tivo, encendió su luz en la mia, y dándome las buenas noches, se retiró á su habitacion.

A pesar de lo ocupada que se hallaba mi mente con otras ideas, aquel «¿porqué no evoca Vd. los espíritus?» no cesaba de vibrar en mis oidos. En vano traté de concentrar toda mi actividad en mis primeras reflexiones; en vano, apoyando los codos sobre la mesa, las manos en los oidos, traté de engolfarme en un nuevo género de ideas. Mis ojos, fijos sobre el blanco papel, leían «evoca los espíritus:» y si los cerraba, volvian á presentarse en la oscuridad mis primeros personajes, que me gritaban: «evoca los espíritus, evoca los espíritus.»

Poco á poco mi alma se fué acostumbrando á aquellas visiones, y empecé á decirme: ¡quién sabe! ¡tal vez sea verdad!

De la duda pasé al deseo, y me dije:

— ¡Si fuese verdad!

Del deseo pasé á la confianza.

— Muchos dicen que es verdad.

De la confianza pasé á la ansiedad, y continué:

— ¡Oh! ¿será verdad? ¿será verdad?

De aquí pasé al delirio, y dije:

— Espíritus, si podeis obedecer á los que os evocan, yo os mando que obedezcais á mi voluntad. ¡Venid y respondedme! ¡Venid!

Subito la pluma, que continuaba en mi mano, se estremece, y apoyándose con irresistible fuerza en el papel que tenia delante, escribe en él las siguientes palabras:

«AQUI ME TIENES, SIGUEME.»

El alma del hombre solo experimenta terror hácia lo fantástico y desconocido.

Desde que lo fantástico pasa á ser real y vulgar, lo desconocido entra todo en la esfera de los hechos, la costumbre ya embotando las primeras sensaciones.

Tal me sucedió á mí con la realizacion de mi deseo. Quedéme al principio inmóvil y con los ojos cerrados de miedo de tropezar con el fatal escrito. Volví á abrir-

los; mis ojos volvieron á leer las mismas imperiosas palabras. Lleno de horror arrojé sobre la mesa la pluma que entre mis manos tenia, y puesto de pié me quedé mirando de hito en hito el misterioso renglon. Poco á poco me fuí acostumbrando á su vista; mi excitacion se fué aplacando, y acabé por tomar otra vez la pluma, y aunque temblando, volví á apoyarla sobre el papel. « Ponte el sombrero y sígueme, » escribió.

Hice lo que me mandaba, y tirando de mi mano, la mano del brazo, el brazo de mi cuerpo, llegué hasta la puerta, la abrí, bajé la escalera y me encontré en la puerta de mi casa.

Al verme en la calle, al saludar á mi portera, al ver cruzar los transeuntes, al verme en fin en la esfera de lo vulgar, mi alma volvió á su estado, es decir, á su continuada burla, y exclamé para mis adentros:

— ¿A dónde me llevará mi servicial espíritu?

Este, es decir, mi pluma, como si respondiera á mi pensamiento, me dió un tirón de la mano, y renovando su indicacion cada vez que me paraba, me condujo como pudiera hacerlo el mas hábil *cicerone*, hasta la calle de Atocha, cesando en sus insinuaciones cuando llegamos al número 30.

Traté de seguir adelante y me contuvo; procuré volverme atrás, é hizo lo mismo.

Miré entonces la elegante portería y acordéme que en aquella casa vivia la familia de Peralta, conocidísima en Madrid por su dinero, porque de ella ha nacido un lindísimo pimpollo de diez y siete años en el de la fecha, y por su proverbial elegancia.

Quedéme indeciso dudando de si debía ó no entrar, cuando mi pluma, alzando mi mano hasta la altura de mis ojos, escribió en el aire sin que yo pueda explicar cómo, la siguiente persona del presente de imperativo: « ENTRA. »

Obedecí, subí, llamé, me hice anunciar y entré en la sala, donde me recibió la familia, compuesta de los padres de la niña, la niña y una sobrina de los primeros, que no por estar junto á la prima, no desmentia su raza.

— ¡Hola! don Frasquito, ¿usted por aquí?

— ¡Quia! no: es mi otro yo. Mi Martín Guerra.

— Vamos... siempre tan alegre, de buen humor.

— Y Vd., Amalita, dije á la primogénita, ¿continúa usted haciendo tántalos de su amor á todos los pollos de Madrid?

— Déjeme Vd., don Frasquito. ¡Si supiera Vd. qué triste estoy!

— ¿Porqué? le pregunté.

— ¿Cómo! ¿No sabe Vd.?... dijo la mamá.

— Nada, contesté.

— ¿Se acuerda Vd. de Carolina, la amiguita de Amalia, aquella niña tan linda, tan graciosa?... dijo el papá.

— Sí, sí, ya me acuerdo. Aquella de quien Vd. me decia que aunque era algo bonita, era muy sosa y envidiosilla...

— ¿Quién? ¿yo? don Frasquito, Vd. estará trastornado...

— Pues bien, interrumpió la sobrinita, la pobrecita ha muerto ayer, tísica, cuando iba á casarse con Fernando.

Entonces comprendí porqué en aquella casa se decia que la pobre jóven era tan linda y tan graciosa.

— Mire Vd., continuó la madre, mi Amalia ha estado llorando todo el dia, y cuando Vd. entró, nos íbamos á poner de negro para ir á ver á su desconsolada familia.

Al oír aquellas palabras, una sensacion parecida á un remordimiento atravesó mi pecho, y poniéndome de pié:

— Pues no quiero estorbar á Vds., dije, y me retiro.

— No, no, respondió la mamá, Vd. es de confianza. Nos iremos á vestir, y mientras hojeará Vd. el *Album de Amalita*. Saldremos juntos y Vd. nos acompañará hasta la puerta de la casa.

Quedéme solo en la sala; es decir, solo con mi espíritu que no daba señales de vida.

Maldije de mi mal modo de pensar, y exclamé:

— Frasquito, mira cómo todavia existe la amistad. Hé aquí una familia que deja el brillo, las diversiones, el lujo, la alegría, para ponerse su vestido negro, para contemplar el aspecto frio de la muerte, para enjugar las lágrimas del que llora.

De pronto mi pluma se estremece como enojada, y al mismo tiempo oigo la campanilla, y entra á poco en la sala un jóven elegantemente vestido, y hermano de la sobrinita que dentro estaba vistiéndose.

— ¿Qué tal? don Frasquito... ¿cómo es que le encuentras á Vd. solo? ¿Y las niñas?

— Dentro están vistiéndose para salir, contesté yo.

— ¿Cómo es eso? Pues si esta tarde me dijeron que no tenian plan...

— No habian sabido la muerte de...

— ¿De Carolina? Desde esta mañana lo saben.

Y dirigiéndose en seguida á la puerta de la alcoba:

— ¡Luisa, Amalia! gritó.

A poco acudieron las interpeladas. Luisa con unos zarcillos en la mano, Amalia con una moña negra.

— ¿Qué quieres, Enrique?

— ¿Qué me encargaste, Amalia? respondió aquel echándole una tierna mirada.

— No sé, no me acuerdo...

— Hazte ahora la tonta.

— No, de veras, no sé.

— Pues... mira, exclamó Enrique sacando del bolsillo una cosa y presentándosela ante sus ojos con gachonería.

— ¡Ay! ¡El palco!

— ¡El palco! repitió la otra.

Y se entraron en las habitaciones interiores, tirando

sus atavíos funerarios por alto y gritando: Mamá, mamá, Enrique ha traído el palco.

A poco salieron los padres, y dirigiéndose á mí me dijeron:

— Dispense Vd., don Frasquito; no teniamos plan, y cuando ya estábamos, como Vd. ve, resueltos á emplear la noche, ese diablo de chico se empeña en obsequiarnos... las niñas en ir al teatro, y es preciso darles gusto. Si Vd. quiere acompañarnos...

— Mi pluma tiró de mí hácia la puerta, y contestando: — Gracias, tengo muchísimo que hacer; despedíme y me volví á encontrar en la calle.

Guiado por mi espíritu, dirigime al café Suizo por la calle del Príncipe.

En ella ví á la liviandad tropezar con la virtud, que se humilló como esclava ante aquella mirada de reina, y cediéndole la acera, continuó avergonzada su camino.

Yo seguí el mio hasta hallarme á la puerta del café.

Tendí mi vista sobre aquel mar de bullidoras cabezas, y dije para mi levita, pues no llevaba colete:

— ¡Ea! Frasquito, ya tienes lo que buscabas. Buscabas costumbres en la familia, y solo la ves moverse á impulsos de la casualidad. Pero esto es otra cosa. Esta es la sociedad; analiza y escribe lo que veas; que como encuentres hábitos, tambien encontrarás costumbres.

Pero ¡ay, lectores! despues de buscar y rebuscar, solo tropecé con el sagrado hábito de un cura.

Si la familia de Peralta no tenia plan, la sociedad de aquel café tampoco lo tenia, y la generalidad de sus individuos obraban á impulsos del espontáneo deseo.

Yo ví jóvenes de talento evaporarlo en ingeniosas conversaciones de café, y mi pluma escribió:

« El genio es como el vaso de perfume. Consérvale cerrado, y encontrarás siempre en él tu tesoro de aromas. Déjale esparcir vanamente su fragancia, y el dia en que necesites perfume, solo hallarás la materia que lo exhalaba. Adios. »

— Mira, espíritu, le dije: ni el lector ni yo necesitamos de tus comparaciones. Lo que queremos son costumbres.

— Pues hijo, búscalas tú solo; que ya te he servido bastante. El regente de tu imprenta me está llamando. Adios.

Y quedéme con la pluma en la mano, frente al portal de mi casa, adonde insensiblemente se me habia conducido.

Al entrar en mi cuarto encontré á don Braulio que leia la *Historia del general Cabrera*.

— ¡Hola, don Frasquito! ¿qué tal? ¿entregó Vd. ya su artículo?

— ¡Quia! si no le he hecho.

— ¿Porqué?

— Porque no tengo asunto.

— ¿Quiere Vd. uno?

— ¿De costumbres?

— Sí.

— ¿Españolas?

— Españolas.

— ¿Cuál?

— Los pronunciamientos.

Lector, no hagas caso de la monomanía política de mi compañero de casa, y dí conmigo que lo menos que se acostumbra á tener hoy son costumbres.

Perdóname la ridícula seriedad de este artículo, pues te prometo que otro dia evocará otro espíritu menos soso y mas alegre tu amigo y servidor don Frasquito, y por él

RAMON R. CORREA.

Atenas.

M. E. Breton, erudito escritor francés muy conocido ya por su interesante descripcion de Pompeya y por otras obras no menos notables sobre antigüedades de todos los pueblos del mundo, se ha propuesto hacer por las ruinas de Atenas lo que anteriormente habia hecho por la curiosa ciudad antigua desenterrada en las cercanías de Nápoles, es decir, popularizar el conocimiento de sus ruinas dando de ellas una descripcion completa y precisa.

No contento con estudiar sobre los mismos lugares los monumentos de la ciudad griega, ha tenido á la vista las obras de los escritores de la antigüedad que podian suministrarle luces sobre su asunto, y se ha aprovechado de las investigaciones hechas por los viajeros franceses, ingleses, alemanes, daneses, etc., y aun por los arqueólogos de la misma Grecia. Su trabajo, resumen inteligente de largos estudios, al que ha anadido sus propias observaciones, puede suplir muchas obras escritas en diferentes lenguas, y representa el último estado de la ciencia y de las interpretaciones arqueológicas acerca de la ciudad de Atenas.

Atenas, la capital moderna del reino de Grecia, es una poblacion de veinte mil almas que se extiende mas cada dia hácia el Norte del Acrópolis, en tanto que la antigua ciudad se extendia al Sur y al Oeste. La calle de Hermes que la atraviesa y conduce á la plaza del Rey, es la continuacion del camino del Pireo. Desembarcando en el puerto de este nombre se encuentran carruajes que por tres dracmas llevan á Atenas, al *Hotel de Inglaterra* ó al de la *Villa de Paris*, situados en la calle de Eolo.

Aturdido entre esta confusion de nombres antiguos y de denominaciones modernas, el viajero recién venido desea llegar al Acrópolis para admirar los magníficos vestigios del arte helénico y particularmente los restos del Partenon, el templo, si no el mas rico y mas gran-

dioso, al menos el mas bello que la mano del hombre haya elevado jamás á la divinidad. Esta divinidad era aquí Minerva, y el nombre del templo era como un homenaje á la virginidad de la diosa (del griego *parthenos*, virgen). Antiguas leyendas dicen que Minerva y Neptuno se disputaron el patronato de la ciudad; segun unos, Júpiter nombró por árbitros á los doce dioses que adjudicaron el Atica á Minerva, pero otros cuentan que fué resultado del *sufragio universal* mas lato entonces, hace 2,400 años, en tiempo de Cecrops, que en el dia, pues tenian voto las mujeres. Sucedió pues, que cuando Cecrops hizo el recuento de los sufragios, halló que los hombres habian votado por Neptuno y las mujeres por Minerva, y como estas tenian un voto mas, triunfó la diosa.

A la entrada del Acrópolis se alzan las imponentes ruinas de las Propileas que Pericles hizo construir de mármol pentélico, y que ya en la antigüedad se consideraban, con el Partenon, como el tipo mas perfecto de la arquitectura.

Las Propileas no eran otra cosa que una decoracion espléndida, un simple pórtico de introduccion que conducia por una série de gradas á la plataforma, y sin embargo los gastos de construccion se elevaron á una suma equivalente á dos millones de pesos fuertes, cantidad prodigiosa para aquella época y que asombra tanto mas, cuanto que una parte del trabajo debió ser hecho por los esclavos. Las Propileas se conservaron casi intactas hasta el siglo XIV; pero despues se vieron expuestas á muchas causas de destruccion. En 1656 un rayo prendió fuego al polvorin que habian formado allí los turcos; en esta desgracia fueron derribadas varias columnas, otras quedaron estropeadas, y la mayor parte de las arquitecturas de mármol de veinte piés de largo que las unian, fueron levantadas y arrojadas al suelo, donde se hicieron pedazos.

La antigua entrada del Acrópolis colocada delante y en el eje de las Propileas habia desaparecido. Los turcos la habian cegado al cerrar esa parte accesible del Acrópolis por un enorme bastion, á beneficio del cual formaron una plataforma cubierta de cañones. En 1852, M. Beulé, alumno de la escuela de Francia en Atenas, examinando atentamente los lugares y estudiando los restos, se puso á investigar por ese lado la entrada primitiva, y habiendo obtenido del ministerio francés una subvencion para practicar excavaciones, la descubrió en efecto y la sacó á luz: este interesante descubrimiento valió á su autor una justa fama.

Entre la entrada del Acrópolis descubierta por M. Beulé y las Propileas, se alzaba á la derecha un templo de la *Victoria Apta* (sin alas) es decir, de Minerva, considerada como la diosa de la Victoria. Spon y Wheeler le vieron intacto en 1676; Stuart y Chandler no hallaron ya ni sus señales en 1751 y 1765, pues los turcos le habian demolido cuando el sitio de los venecianos en 1686. En 1835, dos arquitectos bávaros han vuelto á encontrar bajo las construcciones turcas todos los fragmentos de ese templo en mármol pentélico, y le han vuelto á levantar enteramente sobre su antiguo basamiento. Muchos bajo-relieves del friso han sido trasladados á Inglaterra por lord Elgin.

Pero apresuremonos á dirigirnos, guiados por M. E. Breton, hácia la mas gloriosa de las ruinas del Acrópolis.

EL PARTENON. — Pericles fué quien ordenó esta construccion; Ictinus y Calicrato fueron sus arquitectos; Alcameno y otros muchos escultores inteligentes de la época ejecutaron las estatuas y los bajo-relieves de los frontones y del friso; y los fragmentos que nos quedan de esas obras mutiladas pueden contarse entre los mas admirables monumentos que la escultura haya producido nunca. La construccion del Partenon costó doce millones de francos. El templo tenia de largo 69 metros con 31 de ancho. Hay ocho columnas en las fachadas; anteriormente los templos griegos no tenian mas de seis. Estas columnas estriadas, de orden dórico, tienen 10 metros 30 centímetros de altura, y están formadas de tambores de mármoles sobrepuestos, cuyas juntas se hallan reunidas de tal modo, que se necesita la mayor atencion para descubrir las juntas. La misma perfeccion se encuentra en todos los detalles de la construccion. El mármol del Partenon que bajo la accion del tiempo ha tomado un hermoso matiz dorado uniforme, presentaba en un principio una variedad de colores aplicados que se destacaban unos sobre otros haciendo resaltar las diferentes partes de la arquitectura. El empleo general en la antigüedad de esta policromia en el exterior de los monumentos constituye un modo de decoracion enteramente contrario á nuestro sentimiento moderno de la armonía. Por nuestra parte, confesamos que no podriamos admitir la superioridad de un sistema que oponia las contradicciones y el antagonismo de los colores al juego natural de la luz y de la sombra, bajo la claridad velada del dia ó bajo el brillo del sol. Las admirables figuras esculpidas en los frontones estaban tambien llenas de colorines, enriquecidas con dorados y acompañadas de adornos en bronce. « Los ojos de la Minerva debian estar formados de alguna materia preciosa que al desaparecer ha dejado las órbitas vacías. »

Este sistema tan extraño para nuestro gusto moderno se habia llevado al exceso en la estatua colosal (11 metros 70 c.) de Minerva que ocupaba el santuario. Esta estatua, una de las obras maestras de Fidias, era de oro y marfil. En un principio quiso hacerla de mármol, pero consultado el pueblo decidió que querria las materias mas preciosas. Unicamente las carnes eran de marfil ligeramente coloreado. Las pupilas de los ojos eran de piedras duras. En la Exposicion



MONUMENTO DE LISICRATO.

tiempo de Justiniano y trasladada á Constantinopla. ¿Habian reemplazado el manto de oro de que se apoderó, ciento treinta años despues de su colocacion en el templo, el ateniense Lachares, que se hizo dueño del poder mediante una sedicion?— Entre el Partenon y las Propileas habia otra estatua colosal en bronce, de Minerva, ejecutada por Fidias; se calcula que debia tener 75 piés, incluso el pedestal. El dibujo que reproducimos de una Medalla de Minerva Promachos, da una idea de la altura de esta estatua comparada con la del Partenon.

Habiendo perecido las estatuas colosales de los dioses ejecutadas por Fidias, y entre otras su famoso Júpiter Olímpico, seria muy interesante saber si entre los fragmentos de escultura del Partenon que han sido conservados, se cuentan algunos que son obra de Fidias. Desgraciadamente faltan las indicaciones sobre este punto.



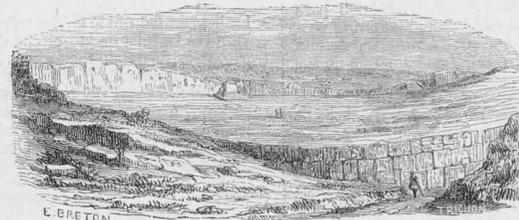
CÁRCEL DE SOCRATES.



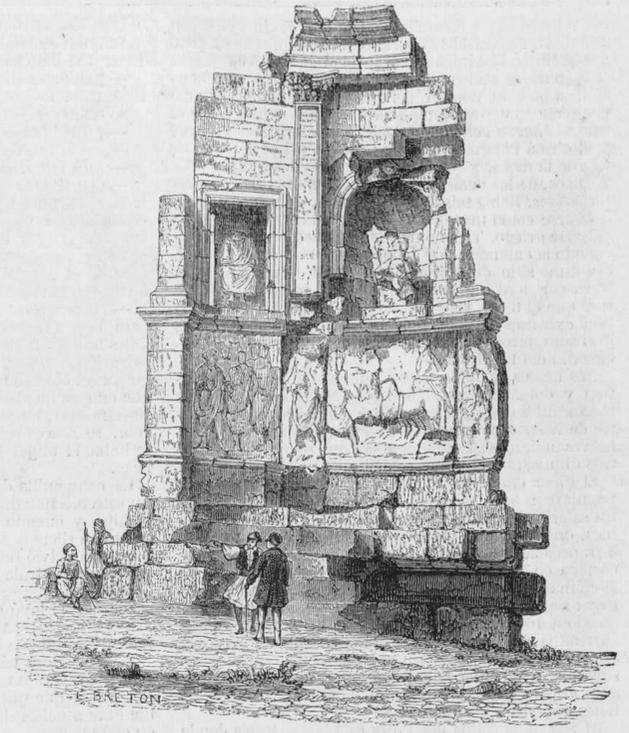
FACHADA ORIENTAL DEL PARTENON.

to período; sin duda alguna á Fidias y á su escuela corresponden el honor de los progresos, pues en ese mismo templo del Partenon, que exigia el concurso de tantos artistas, las esculturas de las metopas, en el entablamento, contrastan por la dura y arcaico de su estilo con las de los frontones inspirados por un arte superior.

La composicion de estas últimas, así como el dibujo de las que se desarrollaban bajo el pórtico, al rededor y en la parte superior del muro del templo y comprendian mas de 320 figuras, se debieron probablemente á Fidias, que con su ejecución á diferentes artistas. Por es motivo, en tanto que la composicion del friso forma un todo homogé-

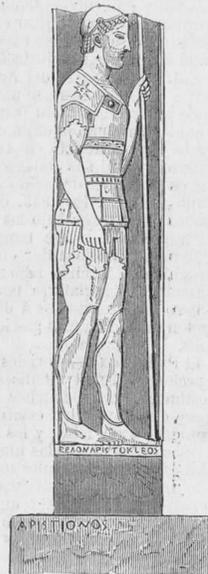


VISTA GENERAL DEL PNYX.



MONUMENTO DE FILOPAPPUS.

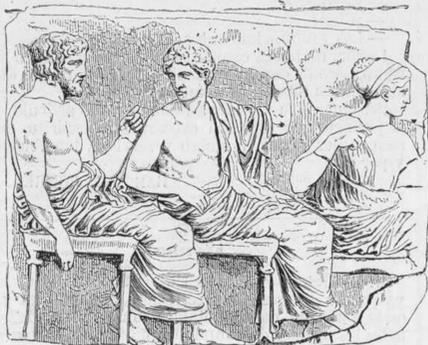
universal de 1835 nos pudimos formar una idea de lo que debia ser semejante estatua, al ver la reproduccion que segun los textos hizo M. Simart para el señor duque de Luyne. Evidentemente, hay aquí una estética nueva para nuestro gusto. Si la música de los griegos hubiese llegado hasta nosotros, no dejaria de poner nuestra sensibilidad á una prueba mas dura todavia. Sea como quiera, es de extrañar que los griegos supieran trabajar el marfil para acomodarle á las exigencias de la estatuaria. Otra particularidad muy propia tambien para trastornar nuestras ideas, es la necesidad en que se hallaban de rociar con agua el marfil á fin de que no se abriera por causa del calor seco. M. Beulé piensa que la Minerva fué sacada del Partenon en



GUERRERO DE MARATON.



MEDALLA DE MINERVA PROMACHOS.



FRAGMENTO DEL FRISO DEL PARTENON.



TRIBUNA DEL PNYX.

Si se piensa en lo mucho que tenia que hacer, hay que pronunciarse por la negativa. Sin embargo, M. Beulé, previo un atento examen, cree poder decir que el fronton oriental fué obra de Fidias ayudado por sus discipulos, y el fronton opuesto de Alcámenes. El fronton oriental debia contener unas veinte figuras en relieve de unos cuatro metros de altura. Por los vaciados en yeso de algunas de esas figuras que existen en Paris en el palacio de Bellas-Artes se puede juzgar de la ciencia de modelado, de la nobleza de estilo que poseian. Si pensamos en lo que era un poco mas de un siglo antes el arte egíptico (véanse las esculturas conservadas en la gliptoteca de Munich) causa sorpresa la prodigiosa perfeccion á que se elevó el arte helénico en tan cor-



LAS PROPILEAS.



FACHADA OCCIDENTAL DEL ERECTEION.



MEDALLA DE ARTAJERJES I.



VISTA DEL AREOPAGO.



MINERVA (estatuilla de trabajo romano).

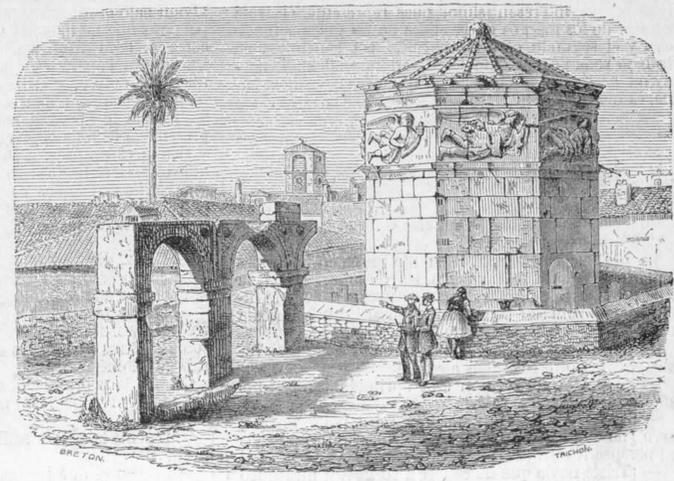
neo, es muy desigual su ejecución.

Un mérito de Fidias, admirable entre todos, es el maravilloso sentimiento de la armonía y de la subordinación gerárquica de las partes que hace reinar en el edificio cuya dirección general le estaba encomendada. Siendo escultor, sacrifica todas las pretensiones de la escultura al efecto general del monumento. ¿Qué sobriedad tan inteligente comparada con la inepta superabundancia decorativa que se nota en los monumentos de nuestra época! Y además de la superioridad del genio de los artistas, hay que tener presente tambien que los magistrados que hacian emprender las obras públicas no tenían entonces otra idea que la gloria de su ciudad y la aprobación de un pueblo que sabia apreciar las cosas artísticas.

Digamos rápidamente lo que han hecho del Partenon las injurias de los hombres, mas que los destrozos del tiempo. Por odio á los monumentos

y esas obras maestras fueron rotas por la torpeza de los obreros. Mas tarde, una porcion de barracas turcas invadieron como una lepra asquerosa el divino edificio, pero al menos tenían una ventaja, y era el de sustraerle á la devastacion. El gran despoliador fué lord Elgin en 1801. Lord Elgin le despojó de sus mas bellas esculturas arrancadas con una brutalidad odiosa. Byron ha clamado contra esta barbarie en *Childe-Harold* (Canto II). « De todos los que han destruido ese templo elevado sobre el Acropolis ¿quién fué el último, el mas bárbaro y el mas estúpido? Averguénzate, Caledonia, uno de tus hijos... El inmóvil orgullo de un moderno Picto tiene á gloria hacer pedazos lo que habían respetado los godos, los tur-

del paganismo, se mutilan las figuras esculpidas, y en el siglo VII para trasformar el templo en iglesia se estropea el fronton oriental. Salvo esta mutilacion parcial « ¿no es triste pensar, dice M. E. Breton, que la creacion mas extraordinaria del genio del hombre se hallaba aun entera al cabo de mas de 2,000 años, cuando de enmedio de un ejército italiano (los venecianos en guerra con la Turquía) se lanzó á fines del siglo XVII (1687) la bomba fatal que debia convertirla en un monton de escombros? » La explosion cortó, digámoslo así, el monumento en dos partes: la mayor parte de los muros y unas quince columnas se vinieron abajo. Por la misma época Morosini quiso arrancar del fronton oriental la figura de Minerva con su carro y sus caballos,



LA TORRE DE LOS VIENTOS.

cos y los siglos. » Esta colección de lord Elgin que dicen le había costado 1.850,000 francos, fué comprada en 1816 por el Museo Británico en la cantidad de 875,000 francos.

Después de las Propileas y el Partenon, el monumento mas precioso del Acrópolis era el *Erechteion*, edificio complejo que comprendía dos templos consagrados el uno á *Minerva Poliada*, es decir, protectora de la ciudad, y el otro á Pandrosa, hija de Cécrops, primera sacerdotisa de la diosa, y lateralmente á estos dos templos, dos pórticos, de los cuales era el uno el famoso *pórtico de las Cariátidas*. Había seis de estas figuras, que pueden considerarse como una de las producciones mas perfectas del arte griego. Tres no mas se hallaban en pie todavía cuando la emancipación de la Grecia; otra cayó durante el último sitio del Acrópolis, otra fué llevada á Inglaterra por lord Elgin, y de la otra no se ha encontrado mas que el torso. Este famoso pórtico ha sido restaurado á expensas de la Francia en 1846. Uno de nuestros grabados presenta el aspecto actual de la fachada occidental del *Erechteion*.

Nos hemos detenido demasiado en hablar del Partenon y del Acrópolis siguiendo á M. E. Breton en sus interesantes descripciones de los principales monumentos de Atenas, y así es que debemos limitarnos ahora á breves indicaciones sobre aquellos que reproducen nuestros dibujos, y que están copiados de su obra.

El *Pnyx* era el sitio donde tenían lugar las asambleas populares; los ciudadanos que á ellas asistían recibían un salario que variaba de 1 á 3 óbolos (15 á 45 céntimos, que hoy representarían el valor de 1 franco 50 á 4 francos 50 céntimos). Era una esplanada semi-circular cortada en la roca y sostenida en la parte inclinada de la colina por un muro de construcción gigantesca. El *Pnyx* sepultado bajo la tierra y los escombros, no fué sacado á luz hasta el año de 1822. En el fondo estaba la tribuna de las arengas, también cortada en la roca y que hoy aparece como un cubo despojado de su parte superior. ¿Qué emoción tan profunda no se debe sentir aquí al pensar que desde lo alto de esa tribuna Demóstenes hablaba á los atenienses!

Al Sur de la colina del *Pnyx* está la del *Museo* donde hay abiertas tres grutas que se cree sirvieron de cárcel á Sócrates. La viñeta representa tres puertas irregulares abiertas en la fachada de la roca; los agujeros cuadrados que se ven en la parte superior se hallaban destinados probablemente á recibir las vigas de una techumbre. Si esas grutas fueron en realidad testigos de la muerte de Sócrates, menos vestigios quedan aun del lugar del *Areopago*, el célebre tribunal que le condenó. Hallábase situado sobre una colina al Norte de la colina del Museo y cerca del Acrópolis.

Aun se ven sobre la colina del Museo, no lejos de la *Cárcel de Sócrates*, las ruinas del monumento de *Filopappus* que las inscripciones dan á conocer como una tumba de príncipes sirios. M. E. Breton piensa que pertenece á los veinte últimos años del primer siglo.—La *Torre de los Vientos*, pequeño edificio conservado hasta nuestros días, se hallaba situado cerca del mercado, y era á la vez una veleta, una esfera solar y una clepsidra.

El monumento de *Lisicrato* ha llevado en Atenas durante largo tiempo el nombre de *Linterna de Demóstenes*, nombre ridículo, pues bastaba leer la inscripción grabada en la arquitrave para reconocer que era uno de aquellos numerosos edificios que se levantaban para perpetuar el recuerdo de una victoria alcanzada en un concurso musical. Se ve allí que Lisicrato era empresario á su costa del concurso para su tribu; que Lisicrato había compuesto la música y que Theon había tocado la flauta. Hé ahí lo que hacia entonces un pueblo artista y amigo de la gloria. En el día tenemos también concursos musicales, pero nadie piensa en construir un monumento á los vencedores. El elegante edificio que se ve reproducido entre nuestros grabados, data de la época del paso de Alejandro á Asia, y ofrece el ejemplo mas antiguo que se posee de un monumento de orden corintio.

Las dos figuras: *Guerrero de Maraton* y *Minerva*, son fragmentos de escultura conservados en el templo de Teseo, admirable templo dórico anterior de treinta años al Partenon. El primer fragmento es un bajo-relieve hallado en una de las tumbas de la llanura de Maraton, bajo-relieve interesantísimo, pues representa el traje militar de los griegos en la época de las guerras médicas, y el segundo es una estatuilla por concluir y de trabajo romano bastante tosco, en la cual M. Lenormand ha creído reconocer una reminiscencia de la *Minerva del Partenon*. A. D. P.

El ángel de la muerte.

(Imitación del alemán.)

La noche está sombría. El viento muge en las torres de la iglesia, y la lluvia azota las ventanas. María, la hija del platero Schmidt, sentada cerca del torno de hilar, en compañía de su anciana nodriza, canta á media voz una canción lúgubre.

— ¡Qué triste estáis esta noche! la dice Susana. Vamos, cantad otra cosa mas alegre.

— No puedo, mi corazón está oprimido como si me amenazara una desgracia.

— Sí, tal día como hoy murió vuestra pobre madre; pero ¿no estáis comprometida para casaros? ¿no teneis en perspectiva un porvenir risueño?

— ¡Triste novia que no conoce á su novio! murmuró María.

Una larga pausa siguió á estas palabras.

Schmidt entró lentamente, puso su lámpara sobre la mesa y se dejó caer en un sillón con aire sombrío.

— ¡Qué teneis, padre mio? exclamó María; estáis muy pálido.

Schmidt no respondió, y clavó en el suelo su mirada.

— ¡Qué hora es? preguntó al cabo de un instante.

— Las ocho, respondió Susana.

— Aun faltan cuatro horas, dijo Schmidt pensativo.

— ¿Quereis la cena? preguntó Susana, ó mejor dicho la comida, pues hé aquí que habeis pasado dos días mas encerrado en vuestro laboratorio, y en medio de vuestras misteriosas tareas habeis olvidado el comer y el beber.

Schmidt se calló un largo rato, pero al fin llamando á su hija, exclamó con acento fatídico:

— María, alguna cosa de suma importancia nos espera hoy. El destino llama á nuestra puerta, y las señales anuncian un suceso extraordinario. ¿Es nuestra salvación, ó nuestra pérdida? No puedo descubrirlo. Sin embargo, cuando las relaciono con mi sueño de esta noche en que he visto á la muerte traspasar el umbral de nuestra casa, no puedo creer sino una cosa: el reloj está roto, se acerca mi fin, y quizá en el momento en que te hablo el ángel de la muerte se cierne sobre mi cabeza.

La campanilla de la puerta resonó en este instante, un estremecimiento corrió por las venas del padre y de la hija, y cuando Susana se levantó temblando para abrir, un silencio de muerte reinó en el aposento.

Susana volvió luego introduciendo á un joven de alta estatura, que traía al platero una carta de uno de sus amigos.

Schmidt la leyó dos veces y por fin exclamó:

— ¡Era esto! ¡Alabado sea Dios!... Las señales nos fueron favorables; bien venido seas, joven.

Y volviéndose hácia Susana la ordenó que sirviera la cena y preparase un cuarto al forastero.

— ¿Con que quereis trabajar en mi casa? Mi amigo me hace muchos elogios de vuestra persona... consiento en ello gustoso... reflexionad si os conviene.

— Desde que he visto vuestras admirables obras y sobre todo vuestra copa del duque Cristian, no he deseado mas que una cosa, conoceros para perfeccionarme en mi arte.

— Sin embargo, no ganareis mucho, repuso el anciano sonriendo. Hace mucho tiempo que casi tengo abandonadas mis primeras obras; el niño se contenta con la corteza, el viejo busca el foco de oro donde está la vida.

Mientras conversaban así, María miraba de reojo al hermoso forastero. Su pálido semblante adornado de largos rizos negros y el brillo sombrío de sus ojos, la hacían pensar á pesar suyo en el ángel de la muerte de quien su padre hablaba hacia un instante, y se sentía atraída y rechazada por él al mismo tiempo.

Schmidt estuvo distraído y preocupado durante la cena. Recitó su oración muy de prisa, encargó á Susana que acompañase á su cuarto á M. Wolf (este era el nombre del forastero) que debía hallarse cansado de su viaje, y él se dirigió de nuevo á su laboratorio.

Cuando volvió Susana no podía acabar sus elogios acerca de la hermosura y la amabilidad del joven. María suspiró, se calló, pretextó que tenía sueño, y se retiró á su cuarto; pero durante largas horas la imagen del hermoso ángel de la muerte la mantuvo despierta.

De este modo la casa del platero, bastante triste después de la muerte de su mujer, poseía ahora una persona mas. Schmidt, ocupado en trabajos importantes, veía con placer que entraba en su casa un obrero inteligente, en el cual podría confiar para todos los cuidados materiales. Susana celebraba que reinara allí un poco de vida; y en cuanto á María, acostumbrada hacia mucho tiempo á la soledad, veía todos sus hábitos cambiados con la llegada del forastero. Un temor instintivo la alejaba de él, y sin embargo, por otra parte no podía dejar de contemplarle incesantemente.

Tres meses trascurrieron sin que Wolf y María, que vivían bajo el mismo techo, se hubiesen dirigido otras palabras que las mas indispensables de las que exige la cortesía. Para Wolf, María había sido desde el primer instante una aparición celeste. Criado bajo la férula de un padre severo, y entregado después de su muerte á manos extrañas, había conocido muy poco la alegría. Su pasado le aparecía como un negro invierno, y el presente al lado de la joven, como la primavera florida y rica de esperanzas. A su lado todo para él tomaba un nuevo aspecto. Hasta el arte le parecía mas hermoso aun y se sentía con deseos y con fuerzas de llegar á ser por ella y para ella un grande artista.

Una noche en la mesa, Schmidt dijo alegremente á su hija:

— María, disponte á recibir á tu novio.

La joven bajó los ojos temblando, y Wolf, herido de estupor, permaneció mudo é inmóvil en su silla.

— Tú no le conoces aun, pero le conozco yo y eso basta; aprobarás mi elección; bueno, animoso y rico, posee las tres cualidades que aseguran la felicidad en el hogar doméstico.

Cuando la pobre María se quedó sola, cayó de rodillas ante el retrato de su madre, y se puso á rezar llorando.

De repente la puerta se abrió; Wolf se hallaba delante de ella.

— Preciso es que me marche, exclamó con voz trémula, y vengo á decir adios. Aceptad esta cruz, obra

de mis manos, y dignaos de tiempo en tiempo acordaros de mí.

María conmovida hasta lo mas recóndito del alma vacilaba; por fin, cediendo á sus ruegos alargó la mano y tomó el crucifijo; sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Al ver esto Wolf no puede contener mas tiempo su pasión. Cubre las manos de María de besos ardientes, y declara su amor con palabras de fuego.

— Eres mía, María, y no de ningún otro hombre; eres mía, aun cuando debiera obtenerte cometiendo un crimen.

María asustada con el brillo feroz de los ojos de Wolf, quiere desprenderse de sus brazos; él cae de rodillas delante de ella; la joven se inclina para levantarle, sus labios se encuentran, y en este primer beso sus almas se confunden para siempre.

En el mismo instante un ruido singular resuena en la pared; María y Wolf se separan espantados; un presentimiento funesto se apodera de entrambos.

— ¡Es mi fatal destino que por todas partes me persigue! exclamó Wolf con amargura.

El retrato colgado en la pared se ha hecho pedazos, y la madre de María desfigurada, los miraba con dolor.

— ¡Que Dios nos proteja! dice la joven prorumpiendo en llanto.

La llegada del novio se iba retrasando de día en día.

Ya no se trataba de la marcha de Wolf, y por el contrario, se estrechaban mas y mas las relaciones secretas de los dos enamorados.

En efecto, á pesar del temor instintivo que la inspiraba Wolf, á pesar de la advertencia que cada día renovaba á sus ojos el retrato despedazado de su madre, María sentía en su corazón un amor que siempre iba en aumento.

Un domingo Schmidt estaba en la ventana, y María y Wolf volvían juntos de la iglesia.

— ¡Qué buena pareja harían! dijo Susana queriendo aprovechar la ocasión.

Schmidt la miró con fiereza y respondió:

— Jamás; á mi hija la esperan grandes destinos, y Wolf ha nacido en un día de desgracia.

Los dos jóvenes habían entrado ya; una anciana de la vecindad que pasaba en el pueblo por una profetisa, dijo á Schmidt señalando á la pareja con su muleta:

— ¡Cuidado con tu oveja; mira no se la coma el lobo!

Schmidt advertido, observó á los dos enamorados y los halló un día con las manos juntas. Muy grande fué su cólera; mas sin embargo, se contuvo porque necesitaba á Wolf para concluir una obra importante, un gran cuadro de altar. Lo que hizo fué prohibir á María que se encontrara con Wolf y ordenar á Susana la vigilancia mas continua. Pero la pasión contrariada de los jóvenes se excitó y se fortaleció con los obstáculos, y ante las amenazas de tormenta que les rodeaban, floreció la primavera de su amor.

Primavera bien corta en verdad, y no seguida de ningún verano, en medio de la cual viene á caer como una noche de hielo en un jardín de flores, la llegada del novio.

María conmovida y trémula no puede responder á los cumplidos que la dirige, y sin fuerzas para resistir se deja poner en el dedo el anillo de los desposorios.

Aun estaba en el sitio en donde la había dejado su novio, cuando entró Wolf con el rostro descompuesto, los ojos extraviados.

— ¿Es cierto? preguntó.

María se callaba; él tomó su mano y vió el anillo.

— ¡Infeliz de mí! ¡El cielo está cerrado y se entreabre el infierno!

Y cayó al suelo privado de conocimiento.

María arrodillada junto á él le llamó á la vida con las mas tiernas palabras, y echándole los brazos al cuello, le dijo:

— ¡Soy tuya, tuya para siempre!

— ¡Oh! sí, exclamó Wolf, de mis brazos no te arrancarán sino con mi vida.

Y como María espantada le contenía con fuerza, añadió:

— Nada temas, te pediré á tu padre.

Y salió del aposento.

Aquella noche había tenido que salir el novio por un asunto urgente que le tendria fuera de casa algunas semanas; sin embargo, antes había fijado el día de la boda, y tomó el silencio de María por un consentimiento.

Sin embargo, el cuadro de altar estaba concluido. Wolf le presentó á su maestro, que no pudo menos de elogiar el mérito de la ejecución y el talento del artista.

— Lo que estáis viendo, le dijo Wolf, os demuestra que puedo mantener á una mujer. María me ama y yo no puedo vivir sin ella; estoy entre el cielo y el infierno... no me negueis su mano. Vuestra negativa sería la muerte para mí... y quizá no moriría yo solo.

El anciano le miró con desprecio.

— Muchas cosas tiene el hombre que soportar en este mundo, y así es que soportareis mi negativa. Mi hija está destinada á un puesto mas alto que el de mujer de un platero. Vos que habeis nacido pobre, pobre vivireis; no habeis tenido suerte.

Desde aquel instante Wolf no apareció en la casa sino á intervalos muy largos. Corría como un loco á través de la nieve y de la tempestad, y cuando volvía rendido y María le preguntaba con inquietud, él contestaba:

— No te dé cuidado, todo irá bien.

Y se reía con risa forzada.

A la crueldad de su primera negativa, Schmidt añadió en breve nuevos motivos de queja para el joven.

Entregó el cuadro del altar y se reservó todo el honor y todo el beneficio de su obra. Wolf disimulaba su ira y su resentimiento bajo la apariencia de su afecto pasado. Pero de repente se operó un cambio brusco en la situación.

Una mañana Schmidt no se presentó a la hora de almorzar, como lo tenía de costumbre. Su cama estaba intacta, y aunque con frecuencia solía pasar la noche en su laboratorio, su larga ausencia alarmó a su hija.

A eso de medio día se atrevió a ir con Susana al fondo del jardín donde estaba el laboratorio; pero no recibieron ninguna respuesta a sus repetidos golpes, ni advirtieron ninguna señal de vida en el interior. Espantadas llamaron a un vecino, y con su auxilio derribaron la puerta.

En el fondo del cuarto, detrás de un cortinaje negro que formaba la entrada de una segunda pieza, se elevaba un humo denso e infecto, y así que penetró el aire exterior, las llamas se declararon subiendo hasta la techumbre.

Wolf acudió entonces con un cubo de agua en la mano, y arrancando el cortinaje que ardía, y ayudado por los vecinos que habían corrido a sus gritos, pudo dominar el incendio. Después acercándose a María que medio muerta de susto se había detenido en la puerta, trató de arrastrarla hacia la casa. En el mismo instante Susana gritó:

— ¡Jesus, María! ¡está muerto!

Arrancándose de las manos de Wolf, María se lanzó al laboratorio y distinguió a su padre tendido en el suelo y con el rostro horriblemente descompuesto. La joven cayó desmayada, y Susana y los vecinos no sabían a quién habían de llevar los primeros socorros.

Wolf, sin embargo, como si saliera de un sueño, se pasó muchas veces las manos por los ojos, y luego tomando a María en sus brazos, la llevó sobre su lecho, y permaneció de rodillas junto a ella hasta que Susana la hizo recobrar el uso de sus sentidos.

— Eres mi paraíso, exclamó cuando ella abrió los ojos; eres mi paraíso, y no quiero otro.

Inútiles fueron todos los esfuerzos hechos para que Schmidt recobrar la vida; el médico declaró que se había asfixiado preparando una sustancia peligrosa; que al caer había derribado la lámpara, y que el fuego, después de haber prendido en la alfombra, se había comunicado a la cortina en donde se había declarado con el aire de la puerta.

El día de las exequias volvió el novio de María, y habiendo sabido por ella misma el estado de su corazón, la devolvió su palabra.

El susto y el dolor habían dado un golpe terrible a la salud de María, Wolf no se apartaba de su cabecera, y ni aun el día de los funerales pudo decidirle Susana a que asistiera al entierro de su maestro. Parecía querer sumergirse completamente en su amor como para sofocar con él una pena ó un remordimiento.

Por una hermosa mañana de primavera, María, apoyada en el brazo de Wolf, respiraba con el gozo de una convaleciente el aire puro y embalsamado de los campos.

— ¿Me amarás siempre? le preguntaba en voz baja.

— Hasta mi última hora.

— ¿Te estarás siempre conmigo?

A esta pregunta, Wolf inclinó la cabeza y respondió con voz sombría:

— Siempre, si tu padre lo quisiera.

María le miró con asombro.

Detrás de ellos resonó una voz gangosa.

— Niña, niña, no te dejes tocar por él, mira que te cubre de sangre.

Wolf se levantó sobresaltado.

Era la loca profetisa que le miraba haciendo gestos.

— Lávate las manos, le dijo, aun están manchadas de sangre.

— Bruja maldita, gritó Wolf con furor, ¿qué quieres de mí?

La anciana sacó de su seno un ramito de violetas y se le presentó diciéndole:

— Quiero darte las flores de la tumba; ellas dicen cosas maravillosas: lo que entienda el invierno la primavera lo descubre.

— Vámonos, dijo Wolf tomando la mano de María; la vieja acabaría por volverme loco como ella lo está.

Y Wolf arrastró con rapidez a María, pero durante largo rato oyeron la aguda voz de la profetisa que repetía:

— Lo que entienda el invierno la primavera lo descubre.

Después de esta escena la inquietud que devoraba a Wolf se hizo mas violenta. Cerraba las puertas, miraba por las ventanas con angustia, y pasaba los días entregado a los mas vivos temores.

Una mañana no le encontraron en su cuarto, y en un papel que había dejado sobre la mesa, había escrito a María que volvería en breve.

Sin embargo, pasaron semanas y no volvió, y entre tanto la joven sentía palpitar en su seno otra existencia. Vendió la casa de su padre, abandonó el país y se fué a establecer con Susana en la Presidencia, donde dió a luz un niño muy hermoso que llamó Rodolfo, del nombre de su marido.

El niño creció y vino a ser el único cariño, la única esperanza de su madre. Cuando contemplaba sus grandes ojos azules que parecían demasiado hermosos y brillantes para una criatura de este mundo, murmuraba en voz baja:

— No vivirás, Dios te llamará a sí, y serás mas dichoso allá arriba.

Y constantemente pensaba en su esposo; ¡con cuánto placer le habría mostrado su hijo!

Tres años habían pasado, y María vivía retirada y sin ver a nadie. Su único paseo era una granja aislada detrás de la ciudad. Un día estaba en este sitio con Rodolfo que cogía flores en el prado. De repente llega con otro chico de nueve a diez años, muy tostado por el sol, que presentando una azucena a María y cruzando las manos, la dice respetuosamente:

— ¡Oh! madama, tomad esta flor. La Madona de mi pueblo, hermosa como vos, tiene una en cada mano. Vos sois su imagen, lo que yo busco hace tanto tiempo. ¡Sois María!... Pensad en mí si sois dichosa.

Y dicho esto, recoge una de las flores que María había dejado caer y desaparece.

Por la noche María pensaba en esta aparición singular, y la parecía que pasaba continuamente delante de su ventana.

No sé que venturoso presentimiento la agitaba. Rodolfo se llega a ella y la dice:

— Lllaman a la puerta; mi padre está ahí.

María, conmovida, abre la puerta.

Un hombre ricamente vestido y bien armado, con barba y cabello negro y el cutis tostado por el sol, la abre sus brazos con amor.

— No es tu padre, dice María con tristeza.

— ¡Ay! ¿tan cambiado estoy que no me reconoces?

Era la voz de Wolf; María cae en sus brazos prorumpiendo en sollozos:

— ¿Cómo has tardado tanto tiempo?

— ¡Ah! ¿qué me recuerdas? Era un tiempo horroroso; he luchado con él como con un tigre, pero mi estrella vuelve a lucir y principia una nueva vida.

— Ya ves, exclamó Rodolfo, como era mi padre: alguien me lo había dicho esta noche en mi sueño.

— ¿Y ese hermoso niño? preguntó Wolf... ¿ese niño?

— Es tuyo, contestó María sonrojándose.

Wolf tomó a su hijo en sus brazos; gruesas lágrimas se deslizaban por sus curtidas mejillas.

— Dios me ha perdonado, exclamó, puesto que me envía este hijo. Mi vida salvaje concluirá; voy a dejar la espada y encontraré una patria para mi mujer y mi hijo.

El canto de un ruiseñor resonó en la ventana. Wolf se estremeció.

— Adios, dijo, es mi Antonio, el hijo de la pradera que me llama; tengo que marcharme; hasta mañana pues.

Y se arrancó de los brazos de María, que rebotando de júbilo permaneció largo rato en oración para dar gracias al cielo porque Wolf había regresado.

Muchos días pasaron así. Wolf venía todas las noches, y al lado de su hijo se mostraba alegre y contento como nunca. Cada vez traía a María magníficos regalos, y esta sorprendida de su riqueza no se atrevía a preguntarle de dónde procedían, pues cada pregunta sobre su vida pasada, sobre el misterio de que se rodeaba aun, le parecía muy triste.

A veces solía ir a buscar a María detrás de la granja aislada, y allí hablaban de su amor, en tanto que Rodolfo jugaba con Antonio en la pradera.

Un día los dos niños se habían alejado sin que lo hubiesen advertido Wolf y María, engolfados en su conversación.

Un grito de alarma se oyó de repente por el lado del río que cruzaba la pradera. Wolf se precipita hacia el lugar en donde se ha oído el grito... Antonio salía del agua con Rodolfo. El padre tomó a su hijo en sus brazos pidiendo socorro, pero vanamente: toda la gente de la granja está en los campos. Es preciso volverse al pueblo. Wolf olvida su prudencia y sus precauciones ordinarias; atraviesa con rapidez el barrio populoso en donde vive María; muchas personas se detienen a contemplar sus vestidos y sus armas, pero él no repara ninguna cosa. Entra, desnuda y acuesta a su hijo, le ve dormirse, y solo entonces, como saliendo de un sueño, mira en su derredor con inquietud.

El niño sin embargo fué acometido de una fiebre violenta, acompañada de largos accesos de delirio.

A menudo volviéndose hacia su madre la decía:

— Padre no viene; que se despache, ó ya no me encontrará.

Wolf en efecto no había vuelto. Ocho días habían pasado sin que hubiesen oído hablar de él. Al noveno día la fiebre de Rodolfo se aumentó; llamó a su padre, y luego dirigió a su madre estas palabras:

— Adios, madre querida, estoy aquí entre tinieblas, pero allá arriba, muy arriba distingo un hermoso jardín lleno de luz. Hermosos ángeles me llaman: madre mía, sígueme pronto.

En su boca se dibuja una sonrisa celeste. Mira a su madre, la tiende los brazos como para estrecharla por última vez, y luego vuelve a caer sobre la almohada. Estaba muerto.

Un largo grito de desesperación se exhala del pecho de María. Largo tiempo lloró inclinada sobre aquella rubia cabeza. Luego, con la oración se fué calmando poco a poco. ¿No la había dicho: «sígueme pronto?» Sin duda no padecería mucho tiempo.

María cubría de flores la cuna del niño cuando oyó abrir la puerta, y entró Wolf pálido y desecado.

El dolor de María, las flores sobre la cuna le hacen

estremecer. Se inclina hacia su hijo, acerca sus labios a sus labios para sentir su aliento; sus labios están fríos, su corazón ya no palpita.

— ¡Maldito! dijo desviando la cabeza; Dios no me había perdonado, puesto que me arrebató mi hijo.

Y como María le alargase la mano, exclamó:

— ¡Oh! No me toques... mi mano abrasa y mata...

Esta mano (y al decir esto tomó el brazo a María, y su voz estaba alterada y salía con trabajo del fondo de su pecho) ¡esta mano ha muerto a tu padre!

Dijo, y salió del cuarto como un loco.

María cayó sin conocimiento.

Cuando salió de su letargo, la luz del día inundaba su aposento, y un ruido confuso y tumultuoso, como el de una muchedumbre que se adelanta, subía de la calle. Muchas veces repetían el nombre del cazador negro, bandido que hacía dos meses tenía aterrorizado el país.

María se asoma a la ventana; en medio de la muchedumbre descubre un carruaje rodeado de soldados, y en ese carruaje va sentado un hombre con las manos atadas a la espalda.

María le ve y contempla largo rato a la muchedumbre; luego riendo llama a Susana que no se separaba de ella.

Susana lanza un grito: había reconocido a Wolf en el carruaje.

Este último golpe había trastornado la razón de María. Desde aquel instante se mostró muy alegre. Dejó que sacaran a su hijo sin hacer caso. Los últimos acontecimientos de su vida se habían borrado de su memoria. Se ve desposada con Wolf; le espera, le llama sin cesar; pasa el tiempo tejiendo coronas, poniéndose flores en el espejo y entonando canciones.

Wolf fué juzgado y condenado a muerte.

Después del asesinato de Schmidt, perseguido por los remordimientos de su conciencia, había buscado en la bulliciosa vida del soldado una distracción a su dolor; luego, licenciado después de la paz, temiendo volver a encontrar con la calma y la monotonía de la vida ordinaria sus remordimientos y sus penas, se había unido a una partida de soldados, licenciados como él, que vivían del robo. Por su valor y su habilidad fué nombrado jefe de la cuadrilla. Al cabo de dos años de esta vida de aventuras había olvidado su crimen y quiso ver a María. Antonio la descubrió. Sus numerosas visitas a la granja, su carrera por la ciudad el día de la desgracia acaecida a Rodolfo, hicieron que los soldados pudieran seguirle la pista. Fué cogido pues, y como jefe le castigaron por todos los crímenes de su cuadrilla.

Mientras María mas gozosa en medio de su locura le llamaba a cada instante, él sumergido en la mas profunda desesperación, esperaba dentro de un calabozo la ejecución de su sentencia. Su salud se alteraba con tal rapidez, que se temía que la muerte le arrebatase a la justicia.

Una mañana María se levanta muy temprano y se pone a cantar la mas triste de todas sus canciones.

Poco a poco sus facciones se iluminan, una expresión de júbilo brilla en su semblante.

— Dame mi vestido y mis coronas, dice a Susana, que hoy llega mi novio. El angelito a quien conozco muy bien, el angelito de ojos azules y cabello rubio me lo ha dicho.

Susana se estremece, pues era el día en que Wolf debía ser llevado al cadalso. Sin embargo, se presta a satisfacer los deseos de María.

En breve se oyó mucho ruido en la calle; María escucha.

— El novio llega, dice; yo estoy lista.

Susana se asoma; el convoy de muerte con Wolf en medio bajaba lentamente la calle.

— Quiero salir a su encuentro, grita María.

Y antes de que Susana haya podido detenerla, baja la escalera y se abre paso por entre la muchedumbre sobrecogida de asombro.

— Aquí estoy, dice cayendo en los brazos de Wolf; vamos a ver a nuestro hijo que allá arriba nos espera.

Wolf viene curvarse el cuerpo de María sobre su pecho; ve que su cabeza se inclina hacia atrás, que sus mejillas palidecen, que sus ojos se cierran.

Sin dolor, sin amargo recuerdo, María había muerto con la alegría de ver de nuevo a Wolf, y en el último momento su hijo la había aparecido como un ángel que la señalaba el camino de la morada de la paz eterna.

Wolf se deja caer al suelo al lado de su amada, y se inclina sobre sus labios para darla el último beso.

En su derredor reinaba un silencio de muerte; de todos los ojos corrían lágrimas. Por fin, viendo que Wolf no se movía, uno de los soldados se acercó a él para levantarle: estaba frío como el mármol.

Dios había perdonado y reunido a los dos amantes en la muerte.

H. DE S.

Las guerras.

Estas guerras, pequeñas ó grandes, no costarán sangre ni lágrimas, no harán viudas ni huérfanos. ¡Felices guerras en que los campeones se muestran tan alegres!

¿Hay algo mas lindo que ese muchachuelo redondo como una manzana y contento que da gusto verle? Pero eso sí, parece bien atrevido para sus pocos años.

« Dime, amiguito, ¿quién te ha enseñado á tirar así de la basquiña á las mozuelas? Mira la madre de los patos cómo se escandaliza de tal osadía, y cómo se enfadan sus hijuelos. » Sí, sí; por cierto que se enfadan mas que la aldeanita. — Guerra menor.

¡Oh! ¡Oh! este sí que no se anda en pequeñeces. Ha visto pasar á la lechera, la bonita lechera, con su corpiño encarnado y su basquiña corta blanca como la nieve... la ha visto y hé ahí que deja sus bueyes y su arado. La labranza que siga como pueda; nuestro mozo la abandona á toda prisa, toma por el talle á la lechera y la da un beso, un beso tan solemne que los pajarillos asoman la cabeza por el nido. ¡Un beso! ¿quién sabe si son dos, ó tres, ó cuatro? ¡Oh! la pobre lechera, cómo se defiende. — Guerra mayor.

¡Qué pícaras son las muchachas cuando se reunen!



GUERRA MAYOR.

Hé ahí un mozalvete que sin pensar en otra cosa que en su trabajo va empujando por el camino su carretón de heno; ellas son cuatro y están sentadas en una cuestecilla á la sombra de los árboles: ¿porqué no le dejan pasar tranquilamente? La primera le arranca su gorra, la segunda le da un puntapié en el hombro, la tercera le reserva una famosa bofetada, y la cuarta le tirará del cabello ó de la oreja.

— ¿Porqué me acometen así? se dice el pobre chico, ¿qué las he hecho?

¿Qué las has hecho, amigo mio? — Eres muy tímido, bajas los ojos y te pones tan encarnado como una cereza cuando te dirige la palabra una jóven; si bailas con ella un wals, apenas te atreves á estrechar su mano y su talle, y sin embargo, no eres el mas feo de la aldea. — Por eso te persiguen y te acometen. — Guerra menor.



GUERRA MENOR.



GUERRA MENOR.

La moza lleva su vaca á la fuente: el hermoso animal con el hocico humeante inclina la cabeza y bebe el agua fresca lentamente. Sin embargo, apoyado en el muro de piedra, un muchachon robusto y vigoroso, que lleva en la cabeza una gorra de pelo de zorro, mira á la jóven sin decirle nada, nada mas que lo que dice su mirada profunda y tierna... ella parece que no le mira, pero le ve, y su corazon palpita fuertemente. — Guerra mayor.

Delante de la puerta de su casita rústica Hans está fumando en su enorme pipa. Un sol claro y hermoso baña la llanura con sus rayos, un sol de primavera. En las ramas de los árboles asoman ya botones verdes; en suma, la naturaleza está bellísima. Hans mira á lo lejos hácia la casa en donde vive Rosa y se dice:

— No soy jóven ni hermoso, y Rosa es muy guapa y



GUERRA MAYOR.

muy jóven; la amo con un amor que no se acabará nunca... ¡si me amara ella!...

Y el gallo se pone á cantar un alegre quiquiriqui, y le parece á Hans que le está diciendo:

— Rosa te amará.

¡Dios mio, qué ventolera! Cómo se lleva las gorras y los pañuelos de las muchachas; ¡pícaro viento! Los gansos se alborotan y huyen lanzando gritos quejumbrosos. En la casa, detrás de los vidrios, se están riendo á carcajadas de los animales y de las mozas. Muchachas, dejad que se lleve el aire vuestras gorras y vuestros pañuelos; ya habrá jóvenes que los recojan y os los traigan... por su trabajo os pedirán un beso, y se le dareis porque no estaria bien negársele... y luego porque no es desagradable dar un beso á un buen mozo. ¡Dios mio, qué ventolera!

H. C.



ESPERANZA.



VENTOLERA.



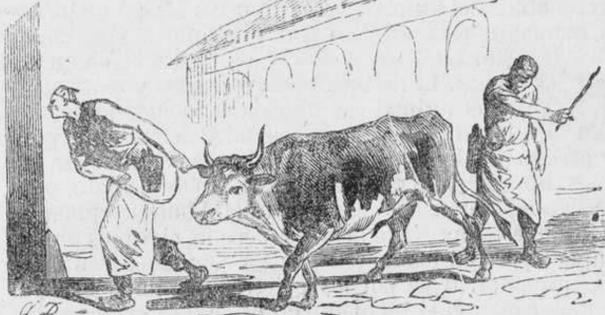
LA MATANZA.



LA SANGRIA.



EL SOPLEO.



EL PELADERO.



EL ENERVAMIENTO.



EL DESUELLO.



EL MATACHIN.



EL SOPLEO DE LA TERNERA.



SISTEMA JUDIO.



SISTEMA JUDIO.

El Matadero.

En un tiempo mas ó menos próximo los mataderos de ganado para el abasto público cesarán de existir dentro de París. Ya no se verán pasar por los antiguos bulevares exteriores esas legiones de carneros y de bueyes rendidos de cansancio, perseguidos por el látigo del boyero y por grandes perrazos negros cubiertos de lodo que van surcando los flancos de esos batallones de carne á fin de mantenerlos en orden. « Los animales huelen la sangre » dice el boyero, y solo á fuerza de latigazos y mordiscos logran conducirlos por la vía que debe llevarlos á la muerte.

Desde el establecimiento de los caminos de hierro la tarea es menos penosa. Los animales atontados por el modo de transporte acelerado que les trae á París, se dejan conducir fácilmente y no oponen la mayor resistencia á las voluntades de su guía.

La entrada en los mataderos está rigurosamente prohibida, excepto para los animales y los matachines. Sin embargo, hay excepciones, y los artistas logran ser admitidos. Troyon ya con frecuencia á dibujar al matadero Montmartre, y siguen su ejemplo otros pintores que están todos ellos muy agradecidos á la urbanidad de los que manejan la cuchilla. Estos últimos, si muestran algunas deferencias hacia los artistas, el modo que tienen de juzgarlos es bastante singular.

— Los pintores son hombres muy particulares, me decía uno de ellos. Ahí está, por ejemplo, M. Troyon, que dicen se distingue en su oficio... eso sí, es verdad, yo le he visto trabajar: hace como quien diría una rayita en el papel.... ¡y al instante ya tiene hecho un cuerno! ¡Vaya unas invenciones! En el *peladero* dicen que está condecorado porque es uno de los primeros en su clase; no lo niego, los artistas son buenos muchachos, pero no hay uno de ellos que sea capaz de *enervar* un buey.

Mi curiosidad me llevó un día al matadero Montmartre acompañado de mi amigo Darjou, que no se había olvidado el album.

Los que pasan cerca de los mataderos así como los inquilinos de las casas contiguas, sienten un olor fuerte y nauseabundo que proviene de los sebos derretidos dentro del mismo establecimiento. Pero este olor desaparece completamente cuando se ha penetrado en el interior, y se encuentra uno en el *campo del trabajo*. Sin embargo, se experimenta una sensación angustiosa ocasionada por una especie de vapor caliente; es el olor de la sangre que corre á rios en los patios y los peladeros. Sin embargo, apresurémonos á decir que todas las operaciones de la matanza se hacen con el mayor aseo y cuidado; por todas partes hay agua en abundancia, y apenas se ha terminado una operación, los matachines abren las fuentes y lavan la sangre que cubre sus manos y sus brazos.

Los peladeros están especialmente destinados á la matanza de los bueyes; las terneras y los carneros se degüellan generalmente en los patios cuando el estado del tiempo lo permite. En el matadero Montmartre hay sesenta y cuatro peladeros y dos grandes patios afectados á las sangrientas tareas de trescientos hombres que cada día preparan una parte importante de la alimentación parisiense. Cada año matan aquí 2,000 toros, 5,000 vacas, 60,000 bueyes, 40,000 terneras y 300,000 carneros; en suma, cerca de 410,000 animales.

Forman los patios dos largas construcciones paralelas cerradas en sus extremidades con verjas de hierro. Estas construcciones encierran los peladeros, que son unos cuartos sin ventanas alumbrados únicamente por dos puertas una al Norte y otra al Mediodía. Lo que hay en un peladero se reduce á poca cosa. De la pared sobresalen fuertes garfios de hierro donde cuelgan los cuartos de las reses palpitantes todavía; una especie de garrucha muy sencilla permite elevar á cierta altura un peso considerable; una argolla está fija en las losas del pavimento, que tiene cierta inclinación para que corra la sangre; por último, dos grandes fuelles con puños muy largos, algunas cuerdas que la sangre seca ha endurecido, y una pesada maza de hierro, es todo lo que se ve en el peladero.

Sin embargo, todo en este lugar tiene un aspecto siniestro; el menor ruido le hace á uno estremecer sobre esas losas resbaladizas y rojas de sangre, y Dios sabe si el ruido que se oye aquí no es horroroso.

Yo hasta ahora me había mantenido firme. Mi amigo estaba un poco pálido, pero preocupado en hacer sus dibujos no prestaba la mayor atención á ciertos episodios que recreaban poco mi vista.

— ¡Qué te parece de ese colorido? me decía; ni Rembrandt lo haría mejor. Mira pues.

Demasiado lo estaba viendo.

— ¡Oh! continuó echándome una mirada de sorpresa; ¡te has puesto verde!...

El matachin tenia razon; son muy particulares los pintores.

Traían una vaca, y como no queria andar la sacudian de firme con un garrote. Llegada al umbral del peladero hizo los mayores esfuerzos por detenerse, y no sin trabajo lograron llevarla hacia el punto adonde debía caer. El animal echaba en su derredor miradas de espanto; soplabá fuertemente, y un temblor convulsivo agitaba sus músculos; ¡quizá comprendía! — Pasaron por la argolla la cuerda atada á sus astas; el hombre que la llevaba dió un tirón, y la cabeza se bajó de modo que el hocico casi tocaba al suelo. Un hombre cogió el cuerno del lado derecho y presentó la frente del animal á los golpes del matachin colocado á la izquierda; se oyó

un ruido sordo y la cabeza cayó sobre el flanco derecho con movimientos convulsivos en los miembros; siguieron dos golpes mas tan rápidos como el anterior, entre los dos cuernos sobre la línea de los ojos, y la res quedó muerta.

El ojo está apagado, la lengua asoma entre las encías rojas aun; entonces se procede á la sangría. La dan un ancho tajo en el pecho y la sangre se escapa á borbotones por la herida abierta, con un silbido particular que no olvidaré tan pronto. Un mozo sube sobre la vaca y provoca á patadas la rápida salida de la sangre. Luego extienden al animal panza arriba, y una vez que está desangrado, le quitan los cuernos, desarticulan la juntura de los piés y proceden á la operación del *sopleo*; ignoro si se llama así, pero hé aquí lo que pasa. Practican una ó dos incisiones en la piel del vientre, y con los grandes fuelles de que he hablado ya, hinchan al animal lo mas posible. Entonces los mozos apalean con fuerza aquella piel tendida y facilitan el desuello. Una vez arrancada la piel, levantan al animal por medio de la garrucha, desprenden la cabeza, desarticulan los hombros, y luego separan el cuerpo en dos partes, siguiendo una línea que arranca del nacimiento del rabo y concluye en la cabeza.

Todas estas operaciones duran veinte minutos por término medio.

Tambien emplean otro método, pero este exige mucha habilidad y mucha muñeca. Este modo se conoce con el nombre de *enervamiento*. Hé aquí en qué consiste esta manera de matar, que segun unos abrevia los padecimientos del animal, y segun otros los prolonga. — El matachin está armado con una ancha cuchilla de mango corto. Le traen la res y los mozos la obligan á bajar la cabeza. El matachin elige el sitio y el momento, hiere, y el animal cae descabellado cuando ha sido bien dirigido el golpe. El arma debe penetrar en el punto preciso donde la primera vértebra cervical se enreda á los huesos del cráneo. El efecto es inmediato y la muerte instantánea. Dicen que es M. Flourens quien ha indicado este modo de operar; pero lo cierto es que se emplea poco en los mataderos, ya por las dificultades que presenta, ó ya por los peligros que hace correr al operador que en el momento en que hiere se encuentra colocado enfrente de los cuernos del animal.

Lo que me ha causado una profunda sorpresa ha sido que estos establecimientos de un interés general, no fengan un médico especial agregado á ellos. Los accidentes, aunque afortunadamente no abundan, son terribles. No hace mucho tiempo un matachin se hirió en un muslo abriéndose la arteria, y murió de resultas de una hemorragia que no pudieron contener, lo que quizá habrían conseguido con socorros inmediatos. Siempre las desgracias reconocen causas semejantes; hay pocos ejemplos de que un buey ó un toro escapado produzcan accidentes deplorables. En cuanto un hecho de esta especie se presenta, los matachines advertidos por los gritos de sus compañeros, huyen de la fiera, cierran las verjas, y en breve vuelven á llevar al animal al peladero.

En los patios donde degüellan á las terneras y los carneros no hay que temer sucesos semejantes; los pobres animales no son peligrosos, y cuando aciertan á huir no hacen mas que servir de objeto de risa á los mozos. Sin embargo, los mataderos tienen su leyenda.

« Una oveja caminaba tristemente hácia su fin pensando quizá en sus hermosos prados, y sin duda queriendo volver á ellos se dirigió hácia la puerta dando balidos espantosos. A su paso encontró un cuerpo de habitación muy oscuro en cuyos umbrales habia unos hombres que no se parecían en nada á sus perseguidores. El pobre animal entró en el asilo que se presentaba y se halló en medio de una partida de bomberos. Estos hombres no quisieron devolver el animal; le adoptaron, le alimentaron y la oveja agradecida vive hoy en el cuerpo de guardia acariciada y cuidada por todos. En el día tratan de proporcionarse un morueco á fin de no privar mas tiempo á la oveja de los goces de la maternidad. »

Las sensaciones que se experimentan al asistir á estas escenas sanguinarias son sumamente penosas. La muerte, la muerte inevitable le persigue á uno por do quiera con su horrible cortejo de las últimas convulsiones y de la sangre fresca. Los matachines hablan poco, pues consagran toda su atención á su terrible tarea. Matan y matan sin cesar; un buen matachin debe despachar treinta bueyes en un día. No hablo de las terneras y los carneros, pues en estos la operación es mas rápida y mas espantosa. Extienden el animal sobre una especie de zarzo que se halla á la altura de un metro, y un mozo sujeta las patas. La cabeza cuelga sin apoyo, y el animal tiende forzosamente la garganta á la cuchilla que penetra ordinariamente hasta la columna vertebral. Los zarzos en donde extienden á los carneros tienen tres metros de largo y pueden recibir una docena de cadáveres.

Creía haber asistido á todos los horrores imaginables, pero me engañaba. Un matachin, un mozo guago y robusto, nos enseñaba todo el establecimiento prodigándonos muy afable toda clase de explicaciones.

— Vais á ver cómo matan los judíos, nos dijo; tienen un sistema muy curioso.

¡Curioso! Yo me dejé seducir por esta palabra.

La ley de Moisés prohíbe á los judíos el uso de la carne de un animal muerto á golpes: es preciso que la vida se acabe con la sangre, y la víctima debe recibir la muerte de manos del sacrificador. Ví un hombrecillo de barba encanecida, tipo de judío alemán, que se paseaba tranquilamente por los patios, llevando en la mano una

especie de machete de punta cuadrada. Consideraba con atención el filo de su arma, de un aspecto insólito, y la probaba como prueba un barbero la navaja de afeitar.

En esto trajeron un buey blanco con algunas manchas rojizas; le arrojaron un lazo á la pata izquierda debajo del jarrete, y luego una maquinaria comenzó á trabajar maniobrada por dos hombres. Esta máquina enrosca la cuerda sobre un tambor hasta que el buey cayó en el suelo boca arriba, agitando con fuerza los tres miembros que tenia libres. Un mozo se acercó, y cogiendo con fuerza uno de los cuernos del animal, mantuvo inmóvil toda su parte anterior. Entonces se llegó el sacrificador con mucha calma; sus labios se movieron como si pronunciara una corta oración y.... que nuestros lectores consulten el dibujo que representa exactamente esta escena y se harán cargo del curioso modo de matar que tienen los judíos.

Este fué el último golpe; eché á correr jurando que no volvería á entrar en ningun matadero; el animal agoniza durante cinco minutos. — Entonces me convertí á las doctrinas de los legumbristas; pero mi apostoiado no duro mas de tres días, y hoy confieso con vergüenza que un *rosbif* á punto es cosa que me gusta. L. C.

La polka.

Hace pocos años, se fastidiaba Madrid... El baile había desaparecido de sus sociedades. Bostezaban las mujeres en sus sillas, y los hombres dejaban el salon de baile para irse á las mesas de juego, ó para hablar de elecciones y crisis ministeriales, dos cosas que no faltarán jamás en España.

Si hubieran seguido así por mucho tiempo las cosas, no hubiera llegado á hacerse ni un solo matrimonio en Madrid. El peligro era serio. ¿Qué hacer en semejante caso? Madrid se hartaba de la música de aficionados y de las comedias caseras. Necesitaba otra cosa. ¿Cuál? No lo sabia, pero lo buscaba; y entre tanto se fastidiaba...

Llegó un día feliz en que la música cambió de movimiento. Un aire lento, extraño, desconocido, cae en acentuadas notas sobre los aficionados al baile, que se estremecen. Los bailarines forman grupos, marchan balanceándose dulcemente. ¡Es la polka! ¡Armoniosas sílabas! ¡Baile eléctrico que galvaniza en su curso á la fastidiada capital de ambos mundos! ¡Oh polka, dulce, encantadora! ¡Quién eres y de dónde vienes? En vano te han echado un dolman sobre las espaldas y te han puesto espuelas en los tacones; no, tú no eres hija de la Hungría. La Polonia, la Lithuania, la Gallitzia, la Bohemia, la Rusia-Blanca y la Transilvania, en vano se disputan el honor de haberte dado á luz. Es mas noble aun tu origen; tu cuna se pierde en la noche de los tiempos.

Si no has hecho saltar los montes y los collados de la Escritura; si no has asistido á los funerales de Hector, de Alejandro ó de César, es porque preferias á estas lúgubres funciones el palacio de la rubia Elena en Troya, los misterios de Eléusis en Grecia, y las Saturnales en Roma.

La historia nos ha conservado una multitud de datos relativos á este baile en las naciones antiguas. El único pasaje de Sanchoniaton, escritor contemporáneo de Moisés, que ha escapado á los estragos del tiempo, y que ha sido conservado por Pausanias, nos enseña que la polka se bailaba alrededor de la diosa Astarté en Sidonia, en las épocas en que las doncellas hermosas del país formaban la dote de las feas... Herodoto nos dice de qué manera se componia Sócrates para bailar las polkas que habia aprendido de Aspasia; el severo Caton, á la edad de sesenta años, se hizo discípulo de un maestro polkista, para poderse presentar honrosamente en un baile; y Palades y Batylo, polkando en el reinado de Augusto, absorbieron todas las cábalas del imperio con la admiración que excitaron.

El mismo Juvenal lo dice en estos versos de su sátira sexta:

Tuccia genuit
Sicut in amplexu, molli polkanti Batyllo.

Las romanas eran polkistas, locas, furiosas; y Horacio nos refiere en el libro III de sus odas, que este baile habia llegado al mas alto grado de protección en Jonia.

Polkas doceri gaudet Jonicas
Matura virgo.

Jornandés nos dice que los hunos polkaron alrededor del féretro de Atila. De aquí proviene sin duda la mal fundada pretension de la Hungría en querer pasar por cuna de la polka.

La religion judáica admitia tambien la polka en sus ceremonias religiosas. La hija de Jephthé salió al encuentro de su padre, *cum thympanis et choris virginum polkantum*; y parece cierto hoy que la polka fué la que David bailó delante del Arca.

Este hecho, que parece extraño al pronto, descansa no solamente sobre una multitud de textos clarísimos, sino aun en la posición en que todas las estampas y grabados antiguos han presentado al Santo Rey ejecutando su piadosa y devota acción. Recuérdese, en efecto, que está representado saltando ligeramente sobre la punta del pié izquierdo, recogiendo la pierna izquierda detrás de la punta al talon, lo que es exactamente el primer tiempo de la polka atrás. En fin, Regner Lobbrog, rey de Dinamarca, la echa de menos de su canto de muerte.

Pero lo que parecerá mas extraño aun, es volver á

encontrar la polka en Oriente lo mismo que en Occidente. En todo tiempo se ha polkado en el Indostan en la procesion de Jargatutha; y en el matrimonio del sultan Selgint-Malek con la hija del califa Abassida Mostadi, que se celebró en Bagdad en 1807, se gastaron en los postres ochenta mil libras de azúcar, y se bailaron diez y ocho mil polkas. Los derviches turcos polkan; y se cita á un cierto Menelao, que polcó catorce días seguidos, sin descansar, al son de la flauta de su compañero.

Hay mas: cuando John Davis penetró, en 1578, en el estrecho que lleva su nombre, hizo bailar la polka á su tripulacion, para ganarse la confianza de los naturales de aquellas islas, que salieron á su encuentro.

Vulcano, Tirteo y Nemesis, Tamerlan, lord Byron, Talleyrand y algunos otros ministros españoles de esta época constitucional, son los únicos personajes, imaginarios ó verdaderos, que no han polkado durante su vida. La razon se adivina fácilmente.

En ningun pais, ni en ningun tiempo, ha hecho la polka mas furor que en Madrid: en las sociedades elegantes, en los bailes de medio pelo, en Chamberí, en la Fuente Castellana y en los siempre célebres de Capellanes, cuartel general de las modistas y criadas de Madrid, se polka á rabiarse. Pero guárdese uno de confiar su pierna en aquel extraordinario desbordamiento de aficionados torpes y desconocidos. La polka no sufre medianía. Mal enseñada, es una cosa monstruosa, imposible. A esto suelen llamar polka *intima*.

La verdadera, la noble polka, no es ni la cracoviana, ni el paso stirio, ni la saboyana, ni un wals á cuatro tiempos, ni una galop con comentarios, ni un cancan parafraseado: es un baile especial, que tiene algo de los otros en la parte graciosa y voluptuosa, sin parecerse á ninguno; paso muy sencillo, muy fácil, pero que á muy pocos es dado bailar bien, y menos enseñarlo. Entre el pequeño número de los elegidos, Vensano y Miqueli forman una escuela. *Chuleta* forma otra escuela mas numerosa y democrática, que con sus polkas esparce la alegría todos los días, y en donde se goza mas al sonido de una flauta y un fígle, que en los suntuosos salones y al eco de numerosas orquestas.

A riesgo de parecer prolijos, y aun pesados, no queremos terminar este artículo filosófico, sin hacer algunas observaciones de lingüística sobre la palabra *Polka*.

Se sabe que uno de los juramentos latinos, frecuentemente empleado en Plauto y Terencio, era *Pol*, que todos los traductores han tomado así por *Pólux*. ¡Contrasentido secular! ¿Cómo los humanistas de todas las naciones no han comprendido que esta expresion, en lugar de ser el síncope de *Pólux*, era el de *Polka*? ¿Se quiere un argumento que corte la cuestion? Chremes, en los *Heautontimorumenos* de Terencio, sabe que Ceitiphon, su hijo, ha pasado la noche en bailar con su querida. Le dice: *Pol! me occidisti*, etc. Los Padres Escolapios, donde gasté tres años en aprender una lengua que hoy nadie habla, que me ha costado muchos azotes y servido de muy poco, me hicieron traducir: «por *Pólux* me has hecho morir.» No, y mil veces no; con perdon de mis sabios maestros, es preciso decir: ¡por la polka me has hecho morir!

La palabra *Polka* viene de dos palabras griegas, y esta etimología le hace significar literalmente: ojo de la civilizacion. Así llamaba Ciceron á sus veinte y dos casas de campo, los *Ojos de la Italia*. Lo que probaria que esta raiz es verdadera, es que el inmortal Newton, en su lúcido comentario sobre el sétimo cuerno de la bestia, al Apocalypsis, pretende que la mujer, sobre cuya frente vió el apóstol escrito la palabra *Misterio*, es la polka. Desde la aparicion de la polka se ha suscitado una cuestion. Trátase de saber si debe decirse polkador ó polkista. Muchas personas emplean indistintamente el uno y el otro nombre; otras no usan mas que el uno exclusivamente. Los dos hacen mal: los dos nombres deben conservarse. Entre un polkador y un polkista hay, en efecto, la diferencia que existe entre un *operista* y un *dilettanti*, entre la teoría aficionada del arte y su práctica apasionada. Polkador se dice aquel que baila simplemente la polka, y polkista el que se dedica al estudio de este baile para conocerlo en su naturaleza, en sus diversas formas, sus matices climatéricos, sus variedades nacionales ó individuales.

En cuanto á *polkante*, es el adjetivo de la palabra; así como *polka-morbus* es el término genérico bajo el que se comprenden todas las enfermedades que resultan de la Polka.

Esta distincion, que era muy importante establecer, indicará tambien el por qué firmamos este artículo.

Un polkista polkador.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

Las flores de tu jardin (1).

EN EL ALBUM DE ***

De conchas adornada de corales
Alza su frente altiva con orgullo

(1) Deseosos de estimular todo noble propósito, no vacilamos en publicar la siguiente poesia de un joven verezolano, mejor dicho un niño. El señor de Las Casas signe sus estudios en Liverpool y aprovecha grandemente. Consagra sus horas de recreo al culto de las musas: sin maestro, sin director, sin modelo ha escrito algunas composiciones como la presente. Son flores espontáneas nacidas en un terreno virgen. *Eo ahead!*

La reina de las flores;
Mecido por las brisas matinales
Duerme el tierno *boton* en su capullo
Bebiendo sus olores.

Rie el clavel de su elegancia ufano,
Y mas allá las purpurinas rojas
Ostentan su hermosura,
Y aquí se oculta la violeta en vano
Tras la verde cortina de sus hojas
Con plácida ternura.

Sobre su débil tallo de esmeralda
Levanta hermoso su copon de nieve
La cándida azucena,
Dichoso el colibri juega en su falda
Y la miel de su seno inquieto bebe
De fresca aroma llena.

La reseda sus múltiples botones
Abre al dorado insecto que la besa
Y en torno de ellas gira;
Mas derramando pródiga sus dones
Con su fragancia el ánima embelesa
Y con la tarde espira.

Sobre su esbelto y delicado tallo
Se mece satisfecho el blanco lirio,
Y la pálida frente
Dora el sol de la espiga, con su rayo,
Que cual brillante é inflamado cirio
Se levanta luciente.

Abre su bello cáliz la amapola
Y al sol le roba los colores de oro
Y á la rosa su grana;
La aurora deposita en su corola
Sus cristalinas perlas, gran tesoro,
Que hereda la mañana.

Con sus risueñas hojas de oro y lila
La bella lisonjera el suelo alfombra
Y el lindo amor-y-celos
Que al soplo de los céfiros vacila,
Retrata de sus hilos á la sombra
El azul de los cielos.

Y allí de las extrañas primaveras
En medio de sus pétalos morados
Se ostenta el rubio broche,
Y al lado de risueñas malvarosas
Vela el jazmin en verdes emparrados
La solitaria noche.

Con majestad el girasol despliega
Sus abundantes rizos de topacio
Y abre á la amante aurora,
Que con sus dulces lágrimas lo riega,
Las puertas de oro de su real palacio
Que encantos atesora.

Mas nada son, querida, en tu presencia
Esas risueñas flores que afanosa
Cultivas con cariño:
La aroma y el clavel pierden su esencia,
Su bello rosicler la altiva rosa,
La azucena su armiño.

Y siendo tú sultana de esas flores,
La flor mas bella que en el prado ameno
Ufana se recrea,
El insecto feliz que tus olores
Dichoso bebe en tu encantado seno
Permíteme que sea.

EMILIO DE LAS CASAS.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte continúa en Compiègne. — Los juéves de Madama de Solms. — Las celebridades que concurren á estas reuniones. — Las comidas americanas. — Nuevas joyas patrióticas. — La bandera americana. — Una pregunta á la articulista de modas. — Escasez de novedades. — Siempre los mismos trajes y los mismos colores. — Descripción del figurin de este número que representa cuatro trajes distintos á la orden de la moda.

Como la corte continúa en Compiègne, aun no tenemos en Paris mas que algunas reuniones íntimas en los salones á la moda. Madama de Solms recibe todos los juéves, y sus convites son muy buscados en los círculos diplomáticos, políticos, científicos, artísticos y literarios. Se asiste con un traje oficial, frac negro, corbata blanca, pantalon negro, chaleco blanco liso ó bordado con botonadura lisa ó de pedrerías. Algunos jóvenes se presentan con pantalon perla y frac azul con botones de oro. Nunca se baila en casa de Madama de Solms, y sin embargo la hermosa señora de la casa no tiene mas de veinte y ocho años; pero ha querido dar á sus reuniones un carácter formal. M. Viennet lee allí sus tragedias; M. Babinet encuentra un astro nuevo, una estrella de grande

hermosura cada vez que distingue á Madama de Solms; M. Dupin descansa de los cuidados de la jurisprudencia; M. Emilio de Girardin habla con el doctor Veron del *Constitutionnel* y de la *Presse*; Madama Anais Segalas recita sus delicadas poesias; Mlle Karoly declama las tragedias de M. Ponsard que la está oyendo; Madama Ugalde canta sus piezas favoritas; Madama Carlota Dreyfus toca el órgano Alexandre en tanto que M. Samary hace llorar su violoncello, y finalmente, Madama de Solms con su voz encantadora dice algunas de sus lindas *Flores de Italia*, que han nacido bajo el sol del destierro en cánticos patrióticos y graciosos.

La sociedad americana que se encuentra triste y tan preocupada desde hace algunos meses, se muestra ahora mas alegre y confiada. En la última semana ha habido grandes comidas en las casas de varias familias importantes de los Estados del Sur establecidas en Paris. En una de esas reuniones las señoras llevaban por adorno la nueva bandera de los confederados reducida á joyas, las unas en alfiler de pecho, las otras en sortija y varias en aguja de cabeza. Esta bandera como la del Norte, ofrece la reunion de estos tres colores, azul, blanco y encarnado, aunque dispuestos de distinto modo.

El cuerpo se divide en tres bandas, una blanca, entre dos encarnadas. El cartucho azul y de forma elíptica contiene las trece estrellas que corresponden al número de los Estados confederados, y que forman un círculo en el cual una de ellas es el centro. La bandera de los Estados del Norte tiene el cartucho azul y cuadrado y el fondo alternado de bandas encarnadas y blancas.

Pero á todo esto mis lectores van á exclamar:

— Alto ahí, señora articulista: ¿cuándo nos habla Vd. de la moda?

Es verdad; me entretengo en describir las reuniones de Madama de Solms y los colores de la bandera americana; pero es porque no tengo gran cosa que decir en punto á modas.

Los vestidos de nuestros elegantes están muy lejos de parecerse á los trajes femeninos que se renuevan continuamente.

En cuanto á traje de soirée, sigue de moda el uniforme de entierro: frac de paño negro, pantalon de satin negro y aun chaleco negro.

¿Puede darse nada mas alegre?

¿Porqué los señores elegantes no hacen lo que nosotras, porqué no dan un golpe de Estado en sus modas, y se libentan de la vulgaridad adoptando trajes que al pronto puedan parecer excéntricos, y que al cabo y al fin serán aceptados por todo el mundo?

Que principien por el frac azul con botones de oro, un bonito chaleco de seda granate ó de otro color y un pantalon gris perla, y verán el efecto que producen?

Estoy segura de que hablo aquí á mas de un convertido, pues los extranjeros tienen mas iniciativa que los parisienses, que se visten todos iguales.

En cuanto á los trajes de calle los sobretodos continúan con poca diferencia de la misma forma. Unicamente los ribetes les dan un carácter de novedad.

Los ribetes de lana se prefieren á los de seda, porque están mas en armonía con el aspecto tosco de las telas.

Los chalecos se hacen muy altos con chal ó sin él, pero regularmente llevan chal redondo.

Los pantalones continúan anchos hácia arriba y mas estrechos sobre la bota y el zapato.

Tales son las únicas noticias de la moda.

Para concluir, hé aquí la descripción del figurin de este número que representa cuatro trajes diferentes.

El primero se compone de una esclavina forrada y guarnecida de pieles, lo que no es quizá una novedad; pero de todos modos constituye una prenda siempre muy á gusto en los elegantes aficionados al comfortable. El corte es en realidad el de un largo paletó-saco cerrado hasta el cuello.

Bajo esta esclavina se puede llevar un traje de vestir, de teatro ó de baile.

Nuestro jóven lleva un pantalon de fantasía. — Levita de paño negro y chaleco de felpilla azulina con corbata azul.

Sigue un niño de unos doce años, con una larga chaquetilla medio ajustada, sin cuello, y con solapas que se pueden ajustar sobre el cuello. Esta chaquetilla de paño color de castaña está ribeteada con un galon de seda al rededor y en las mangas. El chaleco y el pantalon son de la misma tela.

El traje de la jóven representa un sobretodo que los sastres parisienses producen actualmente con mucho éxito. Es casi un paletó de hombre, salvo el adorno y el vuelo. Las mangas son muy anchas, pero se pueden hacer menos, como mangas de hombre.

El último traje es el mas variado. Sin embargo, el sobretodo recuerda exactamente el dorsay; es de terciopelo de lana con cuello de terciopelo y un ancho galon cosido llano al rededor.

El chaleco es de fantasía.

El pantalon de cuadros cae ancho y derecho sobre la bota.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La fiesta de Navidad en la baja Bretaña.

Durante la semana de Navidad se pone en ciertas iglesias del Finistere un nacimiento, tal como se ve representado en nuestro dibujo. Sobre un tablado alto una especie de gruta construida de guirnalda de yedra llenas de oropeles, y que tiene en su parte superior esta inscripcion: *Gloria in excelsis Deo*, figura un establo que caracterizan mas particularmente el pesebre, el asno y el buey colocados en último término. La virgen María ocupa el centro de la escena teniendo en sus brazos al divino Niño; san José está cerca de ella; los magos rinden homenaje y ofrecen joyas y perfumes al Rey

de los reyes; por último, á lo largo de las paredes laterales, se ven pastores y pastoras con trajes bretones, cada cual con su cayado ó con un cestillo lleno de los artículos que se venden en la plaza.

Dejando aparte el anacronismo, estas figurillas están vestidas con un escrupuloso respeto del colorido local. Delante del tablado hay una barrera que contiene á la muchedumbre. Todas las clases de la sociedad se confunden en esa visita, que no se termina sin echar una limosna en la bandeja para los pobrecitos recién nacidos, y sin dar un beso á la santa imagen de Jesús con piadosa ternura.

La víspera de la gran solemnidad religiosa las calles están llenas de turbas de mendigos y de muchachos que van de puerta en puerta pidiendo aguinaldos y cantando villancicos franceses y bretones. En estos cánticos populares, donde la asonancia reemplaza la rima, hay algunas coplillas muy originales. Citemos tres que nos han parecido muy característicos.

El primero, obra trivial de algun aldeano gloton, celebra la colación de Nochebuena; no habla mas que de jamones, de tripas y morcillas. — El segundo, dedicado á santa Catalina, se canta con el tono mas lamentable: es un soporífico empleado con el éxito mas brillante por

las nodrizas bretonas para dormir á los niños.

Mi padre era pagano,
Mi madre no lo era.
Una tarde á la oración
Me encontré mi padre...

Indignación del padre que llena de invectivas á Catalina; las súplicas de su esposa cristiana le enfurecen mas, y tomando un hacha, da con ella el golpe mortal que estampa en la frente de la jóven mártir la eterna aureola de los elegidos.

En el tercero se trata del alma de un justo, que libertada de las miserias de esta vida, llega sobre las alas del ángel guardián á la estancia de los bienaventurados; san Pedro abre la azulada puerta del paraiso y entra. Esto está dicho en treinta coplillas, y el villancico concluye diciendo:

Los ángeles estaban á la
[mesa
Cantando el Gloria
Ave Maria.

Hé ahí lo que son los villancicos bretones que maravillan al sencillo auditorio á que se dirigen; los niños, siempre deseosos de aprovechar las ocasiones de ejercer la caridad, reunen durante el día un monton de cuartos destinados á recompensar el celo de los cantantes, que gracias á esta limosna pueden celebrar tambien las Navidades.

R. DE K.



LA NATIVIDAD EN UNA IGLESIA DE BAJA BRETAÑA.



CANTANTES DE VILLANCICOS EN LOS PUEBLOS DE BAJA BRETAÑA.